

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — TOMO XVII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 44.

SUMARIO.

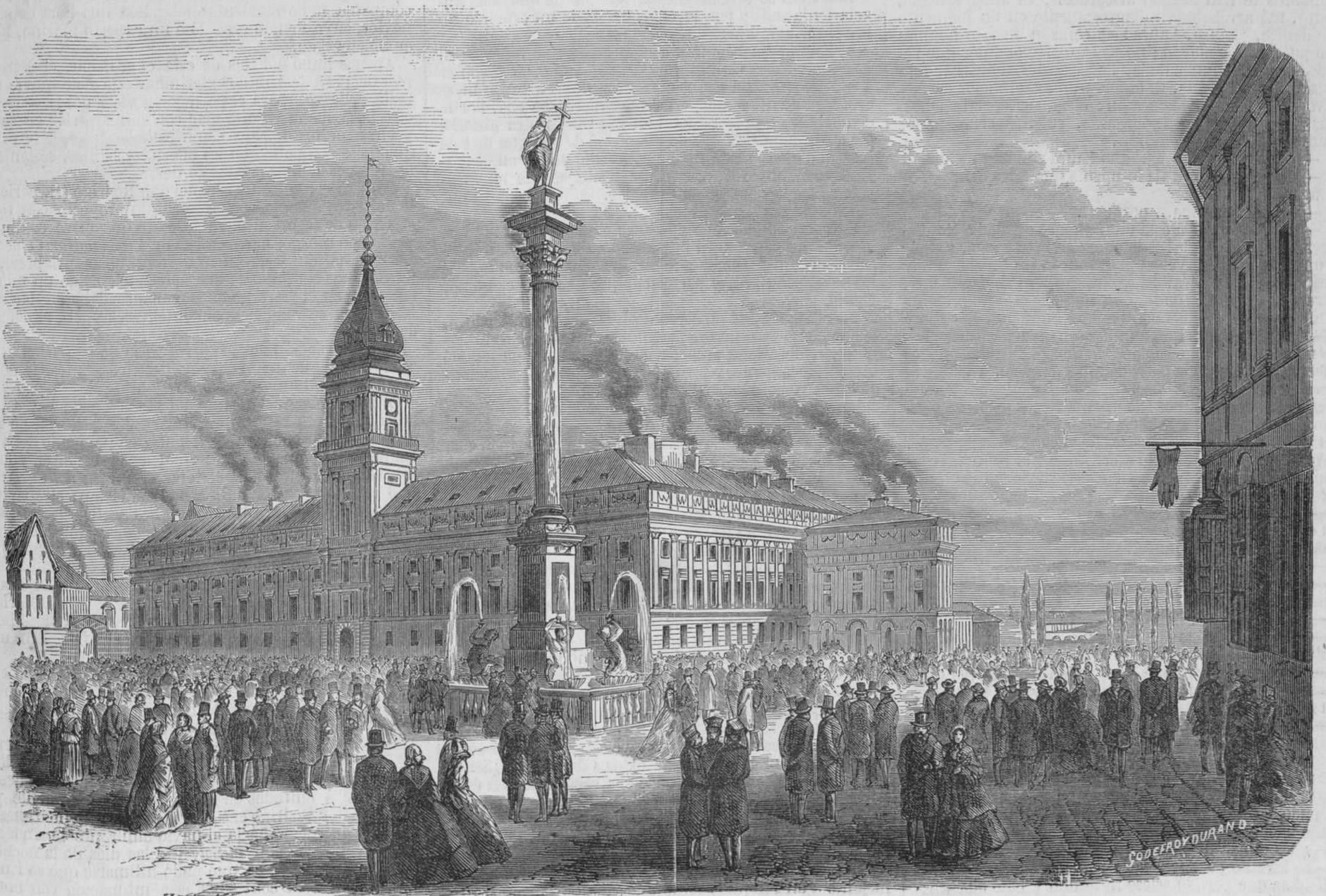
—
Sucesos de Varsovia; grabado. — **El remedio del amor.** — **Una batalla naval nocturna.** — **Revista de Paris.** — **Vista de Ascoli;** grabado. — **Civitella del Tronto;** grabado. — **Vista general de Civitella del Tronto;** grabado. — **Emancipacion de los siervos en Rusia;** grabado. — **Juana d'Arc.** — **Historia de las modas en Francia desde hace un siglo;** grabados. — **Una historia inglesa.** — **Tipos alsacianos;** grabados. — **Los aventureros.** — **Revista de la moda.** — **El mes de mayo;** grabado.

Sucesos de Varsovia.

Las noticias que nos llegan de Varsovia son cada dia mas tristes; la represion toma un carácter mas violento, y se repiten demasiado á menudo los conflictos entre los habitantes indefensos y las tropas rusas. Damos en esta página una vista de la plaza del Palacio Real, donde el 8 de abril tuvo lugar una de esas terribles escenas en la que hubo, segun aseguran, cuarenta y tres víctimas. Hé aquí cómo el príncipe Gortschakoff refiere estos acontecimientos en una proclama dirigida á los habitantes de Varsovia :

«Las numerosas invitaciones que yo os habia dirigido habian sido inútiles. Ayer fué dia de dolor para voso-

tros y para mí. Anteayer hubo varias demostraciones de la multitud que tambien desoyó mis palabras. Ayer á las seis y media de la tarde la muchedumbre se reunió en la plaza de Segismundo. Para poner fin á las demostraciones, una compañía de infantería sostenida por gendarmes y cosacos de reserva recibió orden de intervenir; pero la precedia un empleado de policía que al toque de tambor intimó á la multitud la orden de dispersarse. Despues de haber hecho la primera intimacion, aquel funcionario hizo la segunda á los diez minutos, y pasados otros diez la tercera. Dióse orden para que la multitud fuese dispersada por los gendarmes de á caballo sin hacer uso de las armas, y para que la infantería solo interviniese si las tropas eran atacadas. Dos cargas



PLAZA DEL PALACIO REAL EN VARSOVIA.

dadas por los gendarmes dispersaron la multitud sin que resultase desgracia alguna; pero los mas audaces volvieron en gran número y lanzaron piedras á las tropas. El comandante de estas echó de ver entonces á un hombre de elevada estatura que parecia ser el jefe de los agresores y le hizo arrestar, lo que solo se verificó despues de una lucha obstinada.

En aquel momento, un tropel dirigido por un hombre que llevaba un Crucifijo, llegó cantando por el arrabal de Cracovia. Media compañía dispersó á aquella gente sin emplear las armas. Entonces otro tropel compacto se aproximó por la desembocadura de la calle de los Senadores entonando un canto. Los cosacos que debian dispersarle recibieron orden expresa de no hacer uso de las armas. Este tropel se dispersó sin accidente; pero cuando los cosacos fueron á retirarse tras la infantería, la multitud volvió á atacarlos lanzándoles piedras y ladrillos. Al mismo tiempo, como se notase que trataban de cortar la salida de la calle de Podelval y de la de Senadores, acumulando carruajes y otros objetos, y de reunirse detrás de aquellos parapetos, el comandante militar, despues de ver nuevamente atacadas las tropas á pedradas, se vió en la necesidad de mandar hacer fuego por tres veces para impedir la afluencia de la multitud que no queria retroceder.»

El remedio del amor.

POR DON FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

(Conclusion.)

— ¡Pobre niña! dijo doña Angela, arrastrándola fuera del mirador hasta un banco de césped inmediato, escondido entre rosales: don Enrique debe acudir á la cita: mis criadas le dirán que estoy yo sola, y le conducirán hasta el mirador. Eres muy hermosa, angelical, digna de ser amada por un serafín; pero Enrique es hombre... ¡y no el mejor de los hombres! Su corazón está desgastado; hoy me ha dicho que me ama, porque sin duda se ha cansado de tí, y no ha podido menos de horrorizarme la traicion que comete con mi mejor amiga.

— ¡Imposible, imposible! exclamó Laura retorciéndose las manos.

— Te convencerás por tí misma. Supongo que imaginarás el crédito que he dado á sus palabras: me he convencido, sí, de que ha llegado á tomar el amor por pasatiempo; de que es un hombre de mundo, que sabe representar perfectamente cualquier papel que le convenga; incapaz de una verdadera pasión, por la costumbre de desperdiciar su fuego malamente. ¡Jóven incauto! Sus falaces y dulces palabras, sus seductores requiebros te han llegado al corazón; tu alma sencilla, pura, fué arrebatada milagrosamente en un momento de delirio. ¡Laura, Laura! el corazón de este hombre no puede ser ya jóven; no podrá darte el amor que rebose tu alma immaculada. Es menester renunciar esta pasión, querida mía. El amor propio es el mejor correctivo del amor. Quédate aquí: oírás sus declaraciones, sus juramentos: te indignarás, sufrirás cruelmente; pero sanarás para siempre...

— ¡Con que ama á Vd.! dijo Laura con desesperacion.

— Lo mismo que á tí; lo mismo que á las demás, supongo.

— Pero Vd. le ama... porque...

— Porque acudo á esta cita, ¿no es verdad? No discurras bien. ¡Cuitada! el dolor extravía tu razon. ¡Amar á un hombre que ayer ví delirante en tus brazos, y hoy postrado á mis piés! Si yo le quisiese formalmente, ¿crees tú que habia de serme agradable tenerle presente á mi entrevista? Además, ¿no te he dicho que estoy casada? ¿Piensas tú que aunque separada hace diez años de mi marido, no he sabido guardarle fidelidad? Pero, silencio: las hojas de los árboles se mueven. Yo subo al mirador, cuando lo tengas por conveniente, preséntate donde nosotros estamos: te permito esta pequeña venganza. Animo, querida, hasta despues.

Laura sonrió amargamente con el corazón traspasado.

Y esbelta y ligera subió doña Angela al mirador, creyendo de buena fe que su amiga quedaria curada de su intensa pasión. Pocos instantes despues llegó su esposo.

— ¡Señora! dijo con los brazos cruzados levantando los ojos al cielo y con acento apasionado:— ¡y ha tenido Vd. la bondad de haber venido!

— Confíese Vd. que no me esperaba.

— Entonces mas cerca tendria término mi viaje, dijo mirando al río.

— Permítame Vd. decirle que presume demasiado.

— ¡Siempre ese tono! ¡siempre esa burla que me mata!

— Muy en peligro tiene Vd. su vida si todas sus queridas de Vd. pueden abusar de sus terribles facultades tan fácilmente.

— ¡Doña Angela, por compasion! por compasion, oígame Vd. con formalidad. Su amor de Vd. es tan necesario para mi existencia como el aire que respiro...

En este momento sonaron las hojas de los rosales cercanos. Don Juan, cuya conciencia no estaba tranquila, no pudo menos de estremecerse, y poniendo el oído atento hácia aquel lado, dijo:

— ¿Nos espíarán? ¿Qué es esto?

— Se levantó para ir á ver; pero la señora le detuvo diciéndole que permaneciese tranquilo y bajó ella misma. Volvió al punto, y le aseguró que estaban absolutamente solos. Habia visto los ojos de Laura brillar en la oscuridad con un fuego sobrenatural.

— Escúcheme Vd., continuó don Juan: tal vez le parece á Vd. extraordinario lo que ha pasado desde ayer tarde; pero todavía es mas extraordinaria mi situacion. Yo, nada nuevo puedo decir á Vd., nada, sino repetirla cada vez con mas conviccion de que sin Vd. no puedo vivir...

— ¿Por un cuarto de hora?

— ¡Por siempre!

— ¡Por siempre! ¡Bah, bah! Lo mismo ha dicho usted á dos docenas, y por cierto que está Vd. vivo y sano.

— ¡Siempre la misma! dijo con voz sombría que no dejó de hacer impresion en la frívola mujer.

— Caballero, repuso esta con alguna mas gravedad, he dicho ya que aun careciendo de los antecedentes que tan poco recomiendan á Vd. para captarse el amor de una jóven de delicadeza, tengo un esposo á quien debo respetar...

— ¿Y ama Vd. por ventura á su marido? la interrumpió don Juan vivamente.

— ¿Y tiene Vd. algun derecho para hacerme esa pregunta?

— Perdon, amada mia, perdon. El dolor me enajena, me precipita. Ameme Vd. á mí, y no deje Vd. de amar al...

— Usted podrá tal vez tener esa facultad de amar á dos personas á un tiempo; á Laura, por ejemplo, y á mí; pero yo hasta ahora no he aprendido á amar sino á una.

Don Juan interpretó el sentido de estas palabras como un efecto de celos, y un poco mas animado exclamó poniéndose de rodillas delante de ella: — ¡No! Yo amo á Vd. únicamente, la he amado toda mi vida, y la seguiré á Vd. amando hasta la muerte. No califique usted con el noble título de amor un arrebatado, una pasión que queria introducir en el alma á despecho del corazón, como enfermo que toma una medicina acerba y desabrida. ¡Oh! ¡Déjese Vd. amar con este fuego que me consume! ¡Déjese Vd. embriagar con estos deleites que salen á borbotones por todos mis sentidos! ¡Angelita! ¡Angel mio! Olvidemos lo pasado, y vivamos para lo presente y para el porvenir. Lo presente es la alegría y el amor... soy yo arrojado á los piés de mi Angela, inundándola de adoracion, que quisiera arrebatarse el fuego celestial para animar á Vd., fría y desdeñosa señora, como Pignaleon animó su estatua.

— ¿Y si Laura escuchase á Vd. por una casualidad?

— ¿Porqué me habla Vd. de Laura? respondió ligeramente desconcertado: todo cuanto Vd. me diga de esa infeliz me lo dice mi conciencia: la he sacrificado, pero no puedo amarla mientras Vd. exista.

— ¿Pues cómo, pérfido, ha podido Vd. decirse con tanto ruego? Usted debió considerar, añadió con entusiasmo, que tiene esa niña un alma sublime bajo la frágil corteza de mujer!

Don Juan se persuadió cada vez mas de que doña Angela tenia celos; por lo cual, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo:

— Esto lo he reputado siempre por una niñería: ni hay tampoco el peligro que Vd. supone en desengañar á esa jóven... Me lisonjeo de que muy en breve ni se acordará de mí como yo no me acuerdo de ella. Por lo demás, juro que la pasión que Vd. me inspira absorbe todas las demás. El mismo caso haré de ella que de esta rosa que me dió esta mañana, añadió don Juan deshojándola... Mire Vd., mire cómo las hojas que he arrojado se las lleva el río con rapidez.

— Como sus palabras de Vd...

Entonces se oyó un ruido fuerte al pié del mirador.

— Pero, señora, aquí hay alguno, dijo don Juan indicando el sitio de donde habia salido el estrépito: las hojas se han movido, y por cierto que no sopla el menor viento.

Doña Angela fué otra vez á observar, y vió á Laura, pálida como la muerte, petrificada, con los ojos inmóviles sin derramar una sola lágrima. Su amiga tembló involuntariamente, y tornó al lado de su esposo, diciéndole con voz alterada que nada habia.

Don Juan se imaginó que la conmocion que indicaba el semblante de doña Angela nacia del temor y del deseo, é iba á apretarla contra su corazón, cuando ella exclamó:

— Deténgase Vd.: he dicho que solo mi esposo tiene derecho á mi corazón.

Entonces don Juan, arrebatado de un gozo inefable, vertiendo lágrimas de ternura, se echó precipitadamente en sus brazos, diciéndola entre sollozos:

— ¿V qué, ¿no me conoces? ¿No me conoces, Angela mia? ¿Es posible que diez años de tormentos que he pasado lejos de tí me hayan desfigurado de tal manera?

— Pues qué, ¡Dios mio! ¿Quién eres?

— ¡Angela, Angela de mi vida!...

— ¡Dios mio! dime pronto... ¡Oh! ¡no lo digas! ¡Qué hemos hecho!

— ¡Sí, yo soy tu esposo! ¡Quieres ahora que renuncie á tu corazón, bella y divina criatura; me dirás ahora que me marche cuando he sorprendido el secreto de que me amabas? ¿Cuando me revelas en la conmocion que te turba el mas sublime éxtasis del alma? ¿Serás capaz de comprender que podemos separarnos en este momento de amor y de delicias? ¡Ah! ¡No lo creo!

— ¡Esposa mia! Aquí me tienes; aquí está el hombre que te parecia indómito é insoportable; aquí lo tienes humilde y esclavo tuyo hasta la muerte.

En este mismo instante se oyó un ruido extraño semejante á un ronquido sordo que salia de entre los rosales.

— Don Juan, don Juan, exclamó su esposa horrorizada, ahora te digo que alguno nos escucha.

Y se desprendió de los brazos de su esposo, corriendo á donde estaba Laura, y poco despues se oyó un grito horrible que decia:

— ¡Está muerta!

— ¿Quién? preguntó don Juan con terror.

— ¡Laura, Laura! Ambos somos culpables de su desgracia. ¡Bárbaro! ¡tú la has engañado, y yo imprudente, la hice ver de un golpe tu perfidia!

— ¡Dios mio, Dios mio! ¡no hay perdon para mí!... ¡Oh! ¡soy un monstruo!... Mira... tal vez sea un desmayo...

— ¡Aquí está! respondió la desventurada esposa, cayendo de rodillas cerca del cadáver inanimado de Laura. Los dos enmudecieron de pasmo y de dolor.

Don Juan hizo un movimiento para acercarse al balcón que daba al río con un semblante despavorido y con unos ojos de réprobo, y su esposa se arrojó á sus piés abrazándole por las rodillas. A poco tiempo lo llevó medio arrastrando á las habitaciones de la quinta.

Dieron las doce: la noche seguía tranquila y pura; los sauces y álamos se mecían blandamente. No se oía mas que el canto del risueño y los últimos suspiros de la campana: el rocío cubria de efímeras perlas el cadáver de Laura: al día siguiente, al encontrarla los hortelanos, creyeron que la tierna vírgen se habia dormido sobre la yerba, y que débil y enfermiza el fresco de la noche la habia traspasado, contribuyendo tambien á extinguir su calor vital los húmedos vapores del río cercano.

Los esposos viven hoy juntos: la sombra de Laura les acompaña á todas partes.

Una batalla naval nocturna.

BOSQUEJO HISTORICO.

Este bosquejo histórico, escrito en alemán por el caballero Haccwald, está evidentemente sacado de los archivos de la marina holandesa, por lo cual no puede haber en estos datos parcialidad alguna hácia la nacion española. Esto lo prueba la completa falta de énfasis con la que refiere el autor los hechos á los que no acompaña el mas sencillo elogio; pero hizo bien en omitirlos: hay hechos como hay perlas tan perfectas y de tal valor, que no necesitan engaste en oro. En esta época en la que la marina española acaba de dar en Africa tan brillantes muestras de ser la jóven y legítima heredera de la que fué noble y grande soberana de los mares, y que murió cual heroica mártir del honor y del deber en el combate de Trafalgar, nos parece oportuno publicar esta traduccion, tanto mas lisonjera para nuestra nacion, cuanto que, como hemos observado ya, los datos se han tomado en los archivos de nuestros contrarios.

Para proteger su comercio, aprestó en el año 1615 la compañía indio-occidental-holandesa una flota de siete navios, cuyo mando confirió á un experto marino, Jónis de Spielbergen.

Apenas hubo noticias de esta expedicion, el consejo real del Perú determinó exterminar esta flota que le parecia peligrosa para el país, y en vista del riesgo que ofrecia la lucha en alta mar con tan superior enemigo y tan expertos marinos como los holandeses, determinó que fuese combatida en los puertos y bahías, sostenidas las fuerzas de mar por las de tierra.

Empero el almirante español don Rodrigo (1), pariente del vírey, se opuso á este sensato proyecto con todo el arrojo de la juventud, y aseguró que él se comprometia con solo dos barcos á rendir á esas gallinas chuecas holandesas (que estas fueron sus propias palabras), y mucho mas constándole que habiendo sufrido un fuerte temporal en el estrecho de Magallanes, debian estar debilitados y se rendirian sin intentar siquiera el defenderse.

Al vírey plació la altiva arrogancia de su pariente, y consintió en que don Rodrigo saliese á encontrar la flota enemiga en alta mar.

Consistian las fuerzas que llevaba en siete barcos, á saber: el navío almirante llamado *Jesus Maria*, de 24 cañones y 460 hombres de tripulacion; el navío del vicealmirante llamado *Santa Ana*, de 14 cañones y 300 hombres de tripulacion; el tercero, *Virgen del Carmen*, de 8 cañones y 200 nombres de tripulacion; el cuarto, *San Diego*, de los mismos cañones y tripulacion; el quinto, *Maria del Rosario*, con 4 cañones y 150 hombres de tripulacion. Los dos últimos solo llevaban tropa (2).

El almirante holandés supo muy luego que habia salido á su encuentro esta escuadrilla; pero no dejó por eso de hacer un desembarco en la isla de Santa Maria, coger en los establecimientos españoles un copioso botín, y de capturar una embarcacion española con un rico cargamento, la que despues echó á pique.

Apenas habia hecho esta presa, cuando percibió en lontananza el pabellon español enarbolado en la flota que vena á su alcance, de manera que al finar el día estaban ambas escuadras una al frente de otra.

El vicealmirante español don Pedro Alvarez Píger, que era uno de los marinos mas expertos de aquella época, advirtió al jóven almirante que no emprendiese el combate á entradas de la noche: pero el ardiente y temerario don Rodrigo ensordeció á tan prudente consejo y bogó intrépido hácia el navío almirante holandés, que tenia por nombre el *Sol*, y á las diez de la noche se halló tan cerca de él, que pudo intimarle que se rindiese. Spielbergen contestó á esta intimacion con una

(1) Por desgracia no pone el apellido.

(2) De lo que se deduce que fueron solo cinco barcos, y entre estos tres pequeños, contra los siete navios holandeses.

descarga de armas de todos calibres, y así empezó en la oscuridad de la noche el mas horrible combate. El firmamento estaba cubierto de espesas nubes, cual si tambien él se armase para un combate: pero los elementos estaban sosegados, cual si hubiesen querido ser mudos testigos de la batalla. Los tambores tocaban, las cornetas sonaban, las voces retumbaban; pero la oscuridad de la noche ocultaba lo que acaecía, y solo con los rayos que despedían los cañones podían reconocerse los combatientes; mas luego que pasaba la fugaz llama, reinaba de nuevo la negra oscuridad, no oyéndose mas que los gemidos de los heridos y el estertor de los moribundos.

Buscábanse inútilmente las naves amigas; pero ni aun el temor de atacar á las propias podía ya contener el furor del combate.

Los holandeses habian tomado una posicion ventajosa, y sus tiros eran tan certeros que pusieron al navio almirante fuera de combate haciéndole forzosa la retirada; pero la completa calma que reinaba hacia imposible esta retirada. Habria sido irremediabilmente echado á pique si otro barco español no se hubiese interpuesto entre los combatientes.

Spielbergen emprendió el combate con este último, dejándolo tan mal parado que empezó á sumergirse: en este estado suplicó al comandante al de otro buque holandés que salvase á la tripulación, pero su ruego fué desoído y á poco se hundió en el mar.

Este buque holandés se aproximó entonces al navio almirante español; pero éste, á pesar del mal estado en que se hallaba, lo batió en tales términos, que habiendo visto un amigo íntimo de su comandante á la luz de los fogonazos el inminente peligro en que se hallaba, pidió al almirante Spielbergen, en cuyo buque se encontraba, permiso para ir á socorrerlo con una lancha bien tripulada. Concedido este permiso, se embarcó en la citada lancha y bogó hácia su compañero; mas este, creyendo que eran enemigos, echó á pique la lancha en la que á socorrerle venia su mejor amigo.

Cuando despues de esta horrorosa noche brilló al fin el dia, algunos barcos que se habian extraviado en la oscuridad, se esforzaron en socorrer á los suyos.

El navio de don Rodrigo habia sido amparado en su lastimero estado por el del vicealmirante, pero á este atacó Spielbergen, y entre ambos comenzó el mas encarnizado combate en el que quedó indecisa la victoria, hasta que acudió el barco holandés *Eolo* que de tal suerte destruyó á los dos barcos españoles, que ambos atracaron sus costados para poder refugiarse los tripulantes al que mas tardase en sumergirse.

La poca tripulación que aun quedaba viva acudió á proa y algunos quisieron izar la bandera blanca, la que al punto fué arrancada de sus manos por la mayoría que queria antes morir que rendirse.

Por fin se levantó viento, y este ayudó al almirante holandés á colocarse entre ambas embarcaciones. Los españoles se arrojaron sobre el barco enemigo para tomarlo al abordaje, pero fueron rechazados. Entonces el almirante español, desplegando las velas que pudo, se alejó con su destruido barco. Dos buques holandeses lo persiguieron hasta que la noche lo ocultó á la vista de sus perseguidores. ¡Nunca mas se supo de él!

Mientras tanto, despues de la mas encarnizada resistencia, habian puesto los holandeses al navio del vicealmirante fuera de combate. Spielbergen mandó que trajesen á su presencia á su comandante don Pedro Alvarez; pero este objetó que mediante un voto que habia hecho, no podía salir de su buque hasta el dia siguiente.

Esto le fué concedido, y Spielbergen fué en persona á visitar á su heroico vencido. Hallólo tranquilamente sentado cenando con los oficiales; dos hermosos jóvenes que eran sus hijos, estaban á su lado.

El anciano vicealmirante se levantó pausadamente de su asiento cuando entró Spielbergen. Sus canas estaban ensangrentadas, y con trémula mano ofreció á sus contrarios una copa de vino.

— Bien venido, señor almirante, le dijo; teneis pleno derecho á ser mi huésped: tomad esta copa: no es fácil que volvamos á beber otra juntos.

Spielbergen bebió, y cuando se despidió dijo alargando la mano á su prisionero:

— Os deseo de corazon una buena noche, pues la habeis merecido, y espero que en cambio me deseareis mañana de corazon buen y feliz dia.

Pero á la mañana siguiente habia desaparecido el navio español. Don Pedro habia calulado que su barco, en vista del estado en que se hallaba, no podía mantenerse á flote sino pocas horas, y resuelto á morir antes que á ser prisionero, habia persuadido fácilmente á los suyos á que aguardasen en su barco una muerte segura. Así era, que en el mas profundo silencio, para que ruido alguno descubriese su huida al fondo del mar, misteriosa y silenciosamente en la oscuridad de la noche, se habian hundido en el abismo.

Spielbergen permaneció consternado sobre cubierta, fijando tristes y compasivas miradas sobre los gallardetes de la zozobrada nave que aun flotaban sobre la superficie del mar, y levantando sus ojos y su diestra al cielo, exclamó:

— ¡Buen y feliz dia, don Pedro!

FERNAN CABALLERO.

Revista de Paris.

En el teatro de la Puerta de San Martin se ha puesto en escena esta semana con bastante buen éxito una de las producciones mas famosas de la literatura francesa, la *Tour de Nesle*, que conocemos en español con el título de *Margarita de Borgoña*. En España, como en otros países, este gran drama de los tiempos del romanticismo, lleva el nombre de Alejandro Dumas, pero en Paris no; está firmado por M. Gaillardet, y este señor mantuvo muy firme su derecho en la época del estreno de la pieza. La historia de este lance es curiosa, y vamos á referirla brevemente á nuestros lectores.

La *Tour de Nesle* se representó por primera vez el 29 de marzo de 1832 en el teatro de la Puerta de San Martin, y dos dias despues el *Correo de teatros* insertó las líneas siguientes:

«Señor director: ayer noche mi nombre fué el único que se dijo para dar á conocer al autor de la *Tour de Nesle*, y hoy mi nombre se halla precedido de dos M.M. y tres estrellas. Es un error ó una infamia, y en ambos casos protesto. — Os pido que en los anuncios de mañana no figure otro nombre que el mio como autor de la pieza. — F. GAILLARDET.»

El director ó empresario del teatro, M. Harel, responde de este modo:

«Hé aquí mi contestacion á la carta singular de M. Federico Gaillardet, en la que se supone único autor de la *Tour de Nesle*:

» Toda la pieza, en cuanto al estilo y en sus diez y nueve vigésimas partes al menos por lo que toca á la composicion, pertenece al célebre colaborador que por razones particulares no ha querido que se pronuncie su nombre despues de obtener un triunfo ruidoso.

» Del trabajo primitivo de M. Gaillardet no queda nada ó casi nada: hé ahí lo que afirmo, y lo que probará si llega el caso la comparacion del manuscrito representado con el manuscrito de M. Gaillardet. — HAREL.»

Aquí empieza una serie de cartas entre M. Gaillardet y el que se firmó «autor del manuscrito representado de la *Tour de Nesle*,» el primero insistiendo en su empeño de ser el único autor de la pieza en boga, y el segundo tratando de hacer constar que el manuscrito de M. Gaillardet se quedó en el teatro y él hizo una obra enteramente nueva.

Por fortuna hubo arreglo, y se decidió que solo el nombre de M. Gaillardet se imprimiria en la pieza y en los carteles, y el de Dumas se marcaria con tres estrellas.

Nos ha parecido curiosa esta contienda literaria sobre un drama que todo el mundo conoce como obra de Alejandro Dumas.

Entre las publicaciones nuevas de la semana tenemos que señalar á nuestros lectores una *Historia anecdótica del desafío en todos los países de Europa*, escrita por M. Emilio Colombey, que no se ha propuesto otro objeto que el distraer y divertir al lector, lo que ha conseguido perfectamente. Su libro es en verdad de los mas interesantes. Escrito con sobriedad, sin pretensiones de ninguna clase, no dice sino lo que quiere decir, con un estilo conciso y esmerado. Todas sus anécdotas, curiosas bajo mas de un concepto, están contadas de modo que su lectura no cansa un solo instante. No dudamos que tiene asegurado un feliz éxito.

Para dar una muestra al lector de lo que dejamos apuntado, vamos á resumir aquí un capítulo de algunas páginas, que se titula: «un buen remedio para la enfermedad del desafío.»

Un regimiento francés de infantería que estaba de guarnicion en Nancy, relajaba la disciplina militar por sus disputas cotidianas. La cosa llegó á tal punto, que encargaron al duque de Brissac hiciera entrar en razon á aquellos hombres tan amigos de batirse.

Para celebrar su entrada en funciones, el duque de Brissac reunió al cuerpo de oficiales en una gran comida, en la que demostró una amabilidad y una condescendencia de carácter que pareció de buen agüero á todos.

Cuando sacaron los postres, el nuevo coronel tomó la palabra y exclamó con mucha dulzura y con una sonrisa muy graciosa:

— Señores, he sabido que sois un poco ardientes de cascos, y que los asuntos de honor son entre vosotros moneda muy corriente. No creais que de ello os haga un crimen... no soy de los que piensan que las espadas se han hecho para estar envainadas siempre; podeis sacarlas á relucir cuando gustéis, pero con una condicion, y es que antes de salir al campo me contareis el lance, yo os diré mi opinion, y despues quedareis en libertad de obrar á vuestro antojo. ¿Está convenido, señores?

— Sí, señor coronel, respondieron todos los oficiales.

El duque se levantó el primero de la mesa, y apenas habia entrado en su habitacion cuando le anunciaron la visita de dos jóvenes capitanes, el vizconde Ricardo de R... y el caballero Armando de T...

— ¿Qué ocurre, señores? preguntó el coronel.

— Venimos á preveniros sencillamente, señor duque, respondió el vizconde, que mañana tenemos un desafío.

— ¿De veras?

— Sí, señor.

— ¿Y yo que os creia amigos de infancia!

— No os equivocais, coronel; somos y seremos siempre íntimos amigos.

— Sin embargo, quereis batiros...

— Es verdad, pero hay que advertir que la cosa lo merece.

— Veamos pues, dijo el duque.

— Yo, exclamó el caballero, he sostenido que se puede entrar en Versalles con capote y sin polvos, y mi amigo dice que no; con este motivo hemos reñido un poco y nos hemos desafiado.

— En efecto, la cosa es grave repuso el coronel.

Entramos jóvenes se interrogaron con los ojos.

— Es evidente, continuó el duque, que el capote no se lleva mas que por la mañana, pero en fin se lleva; y el vizconde ha supuesto que no se podía, sin faltar á la etiqueta, presentarse con capote en la primera parte del dia... El caballero sostiene lo contrario; por consiguiente, la injuria salta á a vista. Pelead pues, y de veras; un desafío es una tontería ridícula cuando en él no muere un hombre.

Y los despidió con un ademán muy serio.

A la otra mañana en la parada el duque vió á los campeones á la cabeza de sus respectivas compañías.

— ¡Cómo! exclamó con enfado; ¿no se verificó el desafío despues de tanto hablar?

— Mi coronel, respondió Armando, nos hemos batido, y la prueba es la soberbia estocada que he recibido.

Y mostraba su brazo derecho que llevaba vendado.

— ¡Un rasguño! poco es... me parece que habeis olvidado que se trataba de una cuestion de primer orden, de una cuestion de etiqueta... Vamos, vamos, señores, eso no puede quedarse así; mano á las espadas hasta que uno de los dos quede tendido en el campo.

Los dos capitanes se batieron de nuevo, y el vizconde Ricardo recibió una herida que le obligó á guardar tres meses de cama.

En este tiempo varios oficiales se presentaron á pedir licencia para batirse, y el coronel respondió que era preciso esperar á que estuviese terminada la contienda entre los dos amigos.

Por fin el duque encontró un dia al vizconde que tomaba el aire apoyado en el brazo del caballero.

— Gracias á Dios, exclamó, que ya estais levantado. Habeis de saber que lo celebro en el alma. Dentro de veinte y cuatro horas me hareis el favor de batiros, y que esto se acabe de una vez, pues no me gusta que se tarde tanto en zanjár un punto de honra.

Los pobres amigos le zanjaron á gusto del coronel; se atravesaron y cayeron heridos de muerte.

El vizconde habria sentido mucho sobrevivir al caballero y el caballero sobrevivir al vizconde. Bajo este concepto, el desenlace era felicísimo.

El duque de Brissac reunió á los oficiales que esperaban su permiso para batirse.

— Señores, les dije, podeis sacar la espada; pero como no quiero que con estos combates se desatienda el servicio, concederé las licencias una á una... Además, cuidado conmigo; quiero que cada desafío se lleve hasta el último extremo, como el que acaba de efectuarse ahora.

La leccion habia costado demasiado cara para que no produjera el efecto que de ella se prometia el implacable coronel.

Los oficiales se retiraron silenciosos y meditabundos, y desde aquel dia el regimiento tan mal afamado vino á ser un regimiento modelo, que fué citado por su espíritu de disciplina.

Otra anecdota de fecha mas reciente que nada tiene que ver con las que cuenta M. Colombey en su bonito libro.

Un soltero por gusto, no por economia, como se encuentran muchos en Paris, dotado de un corazon sensible y generoso, fué á visitar últimamente su pueblo natal en las cercanías de Marsella, y tuvo la satisfaccion de servir de padrino á un niño muy hermoso, hijo de unos parientes en cuya casa vivia.

Es natural que consagrara á este niño todas las economías de ternura paterna acumuladas hacia tantos años, y así es que se propuso hacer su felicidad.

Ante todo, á fin de suavizar los primeros males de la vida, la crisis dolorosa de la denticion, prometió á la madre un regalito de una onza de oro por cada una de las menudas perlas blancas que sucesivamente despuntaran en las rosadas encías de la tierna criatura.

En cuanto el padrino estuvo de regreso en Paris, la esperada crisis se anunció, gracias á la promesa, con una precocidad y una eficacia extraordinarias.

Todos los meses, todas las semanas, casi todos los dias, el afortunado soltero recibia por el correo despachos palpitantes de interés, en los cuales le notificaban la aparicion de un diente, una muela, un colmillo que daba envidia verlos.

Fiel á su palabra, nuestro hombre respondia á cada anuncio con la onza, pagada sin hacer caso en medio del barullo de los asuntos comerciales.

No obstante, un dia el desprendido protector hubo de sorprenderse de la prodigiosa fertilidad que se notaba en las mandíbulas de su abijado.

Acababa de recibir aviso que le habian salido á la vez tres muelas mas, blancas como la leche.

— ¡Esto pasa de castaño oscuro! exclamó; hace un año que el bendito chiquillo no se cansa de echar dientes: vamos á ver cuántos tiene ya.

El padrino tomó su libro de caja, fué sumando las onzas, y se halló con una asombrosa dentadura que constaba de setenta y cinco piezas.

— ¡Soy padrino de un tiburón! añadió nuestro hombre estupefacto.

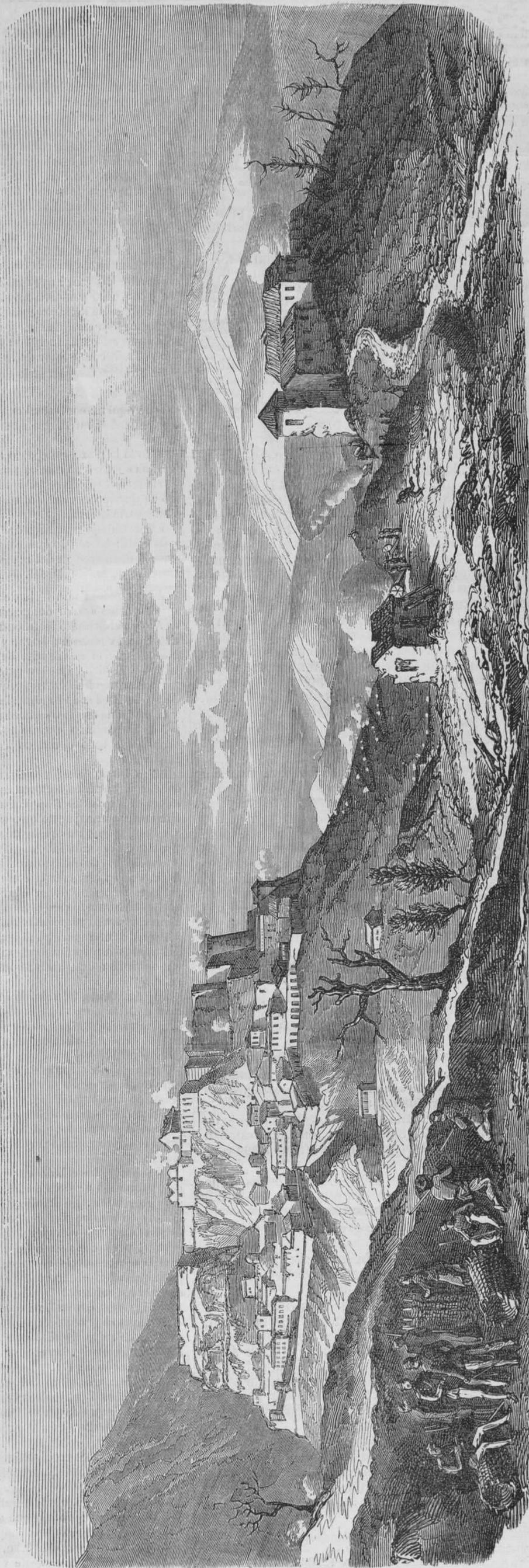
Y aquel mismo dia escribió al pueblo para contener los rápidos efectos de su malhadada promesa.

— En la siguiente página damos un dibujo de Civitella del Tronto y otro de Ascoli, sacados con la mayor exactitud por M. Ch. Vertray, capitán de estado mayor. Civitella del Tronto ha sido la última guarida de los defensores de Francisco II, que hubieron de rendirse al fin al saber la caída de Gaeta y de Messina. — Ponemos tambien la vista de Ascoli en los Abruzzos, porque recientemente ese punto ha sido teatro de una lucha sangrienta entre los piemonteses y los partidarios del ex-rey de Nápoles, que fueron derrotados.

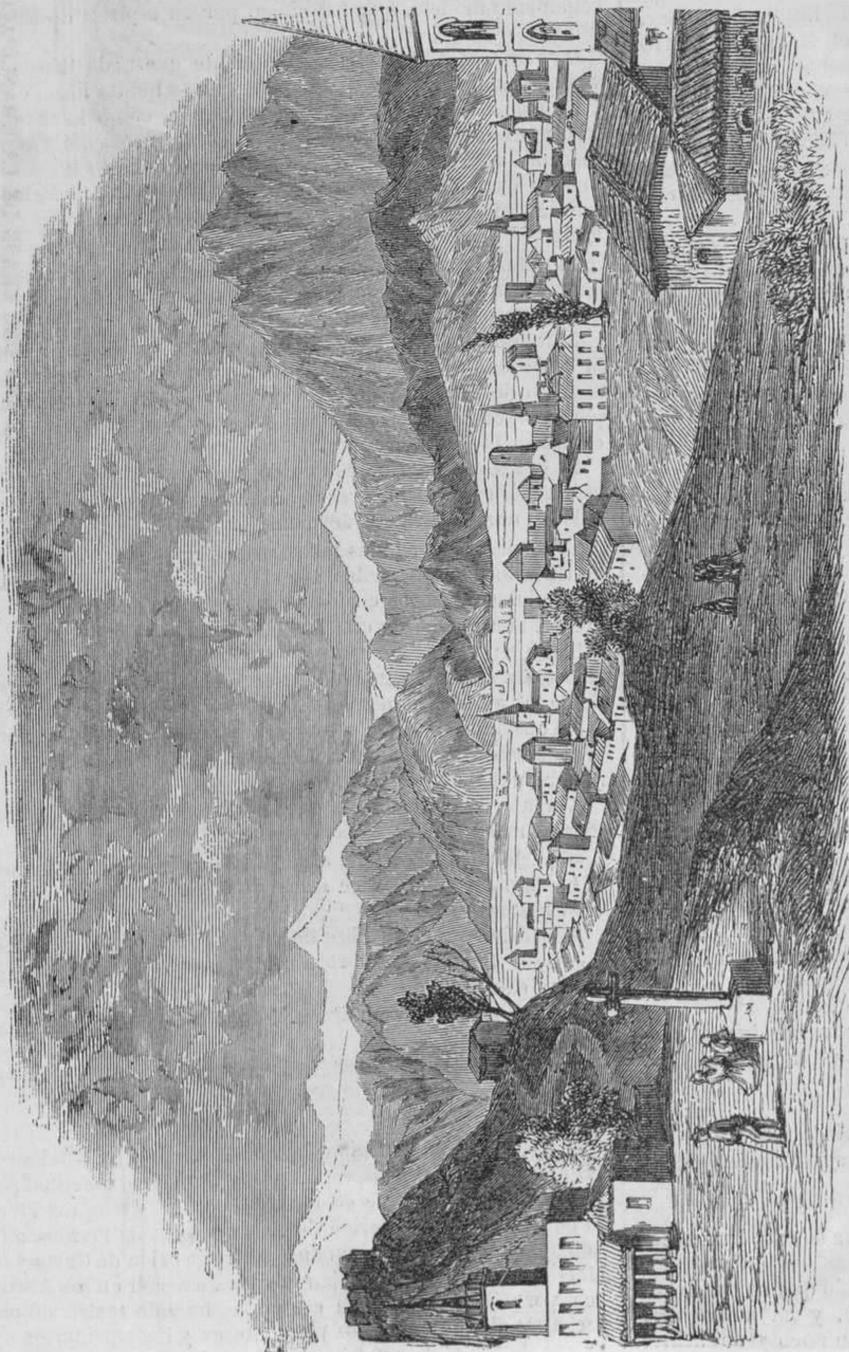
MARIANO URRABIETA.



CIVITELLA DEL TRONTO; frente de ataque.



VISTA GENERAL DE CIVITELLA DEL TRONTO. (Véase la Revista de Paris).



VISTA DE ASCOLI (Abruzzos ulteriores);



LECTURA DEL UKASE DE LA EMANCIPACION DE LOS SIERVOS, EN UNA IGLESIA RUSA.

Emancipación de los siervos en Rusia.

Un suceso de una importancia inmensa acaba de tener lugar en Rusia: treinta millones de hombres han recobrado su libertad. Esta medida proyectada por Alejandro I; esta medida que fué objeto de las meditaciones de Nicolás I, debía venir á realizarse bajo el reinado del emperador actual, pues fué en efecto uno de los primeros pensamientos de Alejandro II al subir al trono, y mucho tiempo antes de coronarse, la desarrollaba en las ocasiones en que su voz debía tener eco. La medida, libertadora que hará entrar á la Rusia en nuevas vías de una consecuencia incalculable, coincide felizmente con el establecimiento de las grandes líneas de ferro-carri-les, de las nuevas comunicaciones que van á surcar el territorio del imperio. Un pueblo generoso, suave, afable, dotado de mucha inteligencia, podrá emplear en lo sucesivo todas sus facultades para el bien general; dueños del terreno que cultivarán y de la casa que les dará abrigo, cada labrador, trabajando libremente, será un campeón, un soldado para esa gran batalla de la industria y de la agricultura, donde la victoria es para la inteligencia y el trabajo; en fin, la Rusia libertada de sus lazos seculares va á conquistar un poderío mucho más sólido que el que debía á su millón de soldados.

El ukase libertador fué leído el 5/17 de marzo en todas las iglesias de la Rusia con una pompa que justificaba la proclamación de un acto tan importante, y en el mismo momento treinta millones de voces se elevaban al cielo para bendecir el nombre de Alejandro II el libertador. P. B.

JUANA D'ARC

LA DONGELLA DE ORLEANS.

POR LA SRA. D^a. MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

¡Cuán grande y hermoso es el poder de la oración! ¡Cuánta santidad se siente con solo pensar en Dios! ¡Cuando por todos nos vemos abandonados; cuando los hombres cierran su pecho á nuestros sufrimientos, cuando destruye la tormenta de la vida todas nuestras esperanzas, cuando nos encontramos solos con nuestras penas en medio de la vasta creación, entonces sentimos alivio con solo mirar á Aquel que comprende nuestro dolor! ¡El fué quien nos trajo á este mundo, y en él solo puede encontrar refugio nuestra alma dolorida!

(ENRIQUE ZSCHOKKE.)

I.

El palacio de San Pablo, residencia de los reyes de Francia, durante el azaroso reinado de Carlos VI, era uno de los más sombríos edificios de París; no del París de ahora, hermoso, brillante y lleno de magníficas é iluminadas tiendas, de elegantes talleres y cruzado por anchurosas calles, sino del París del año de 1420, que era muy diferente del que conocemos.

Francia, dividida entonces en bandos políticos, estaba asolada por intestinas guerras; loco el rey hacía muchos años, cada uno de los príncipes de la sangre había arrancado un jirón del manto real de Carlos VI, llamado el *Insensato*, y un florón de la corona que tan brillante y hermosa le dejara su padre el gran Carlos V.

En cuanto á la reina Isabel de Baviera, su esposa, pasada ya la eterna juventud, que gracias á su fatal herencia conservó para mal de la Francia, pensaba solo en perder y entregar á la ambiciosa Inglaterra aquella nación hermosa que alfombró de laureles su camino, cuando casi niña vino al tálamo real de Carlos VI desde el pobre ducado que gobernaba su padre Estéban II.

Pero la cruel, la soberbia, la funestamente hermosa Isabel de Baviera tiene su lugar en esta galería, y no será aquí donde veamos su sombría figura.

Las cuatro de una tarde apacible de mayo daban en el reló del palacio real de San Pablo, cuando el rey Carlos VI salió de su cámara para pasar al gran salón de audiencias.

Era el monarca un hombre de cincuenta y dos años, pero que había llegado al último período de la decrepitud; de esa decrepitud idiota, llena de estupidez, y que extingue en el hombre la voluntad y hasta el conocimiento mismo de su ser.

¡Cosa extraña y terrible sin embargo!

Aquella frente, helada y surcada de arrugas, era ancha y elevada, y en días mejores había lanzado rayos de inteligencia.

Sus ojos inmóviles eran aun rasgados y estaban llenos de dulzura; y en su boca húmeda vagaba todavía una triste y melancólica sonrisa.

Vestia el rey una ropilla de terciopelo negro y liso, pues por uno de los efectos de su enajenación mental, la vista de las flores de lis le producía tal furor que ponía en peligro su vida.

En una ocasión, y hallándose en su castillo de Creil, entró la reina en su cámara: según la moda de aquel tiempo el vestido de Isabel estaba bordado de aquellas flores, signo de la majestad real; el rey, al fijar la vista en el dibujo del vestido, desenvainó la espada y desconociendo á la reina cerró contra ella y la hirió gravemente á pesar de amarla con la mayor pasión.

Para evitar pues la repetición de tan terribles accesos, las flores de lis se habían desterrado del traje del rey y hasta del solio y de las cortinas de su lecho.

Por encima de la ropilla y rodeándole el cuello llevaba Carlos VI un grueso collar de oro, y sobre su traje un balandran de terciopelo rojo, forrado de pieles, pues á pesar de lo avanzado de la estación temblaba de frío.

Su estatura que había sido alta y gallarda estaba completamente encorvada, y su cabellera, célebre por su abundancia y por su hermoso matiz castaño, era escasa y estaba blanca y lacia.

Apoyábase el rey en el brazo de sire (1) de Guiac, que tendría su edad poco más ó menos, pero que por un doloroso contraste de la naturaleza ó por una amarga burla de la suerte, se hallaba en toda la fuerza y robustez de la edad viril.

Pedro de Guiac había sido uno de los pocos hombres verdaderamente adictos á aquel rey infeliz: él le había consolado en la muerte de sus dos amados hijos Luis y Juan; pérdidas que ni la hermosura de la princesa Catalina, su hija, ni el carácter valeroso y arrojado de su hijo el príncipe Carlos, ni aun sus amores con la bella y angelical Odetta de Champdivers pudieron hacerle olvidar.

Pedro de Guiac había contenido también con mano fuerte los extravíos de Isabel de Baviera, y á no haber aquella reina ambiciosa apelado á la astucia, indudablemente hubiera sido arrojado del trono por el enérgico y severo sire de Guiac.

Había, no obstante, momentos en que Carlos VI llamaba á los dos hijos que había perdido; sobre todo á Juan, envenenado en Compiègne y muerto en el breve espacio de algunas horas.

Los escasos cabellos del rey iban sujetos con una caperuza de grana en la cual estaba prendida una pluma de garza real.

Seguía una numerosa comitiva formada de dos en dos personas á manera de procesion.

Iban en ella los duques de Borgoña y de Berry, tios del rey, sire de la Riviere, de Ile Adam, de Clisson y otros muchos señores, incluso el terrible condestable de Armañac.

Finalmente cerraban la comitiva algunos pajes con lanzas y escudos, y una fuerte escolta de los guardias del rey.

El paso de este era lento y desigual; casi se arrastraba al impulso del brazo fuerte de sire de Guiac, pero de cuando en cuando se detenía, revolvia sus ojos extraviados y preguntaba con voz trémula:

— ¿No se oye... la voz de Juan?

— Sin duda V. A. (2) padece una equivocación, respondía con dulzura Pedro de Guiac.

Muchas veces, durante el tránsito de su cámara al salón de audiencias, repitió el rey la misma pregunta y obtuvo la misma contestación; pero hubo una que se detuvo ya casi al término de su viaje y exclamó escuchando con ansia:

— ¡Oh, sí... sí!... ¡me llama... me llama el príncipe Juan!

— Es una ilusión de V. A., repuso con la misma blandura sire de Guiac, acostumbrado á la demencia del rey.

Este echó á andar de nuevo y entró con su comitiva en la sala de audiencias.

II.

Carlos VI subió con gran trabajo los escalones del solio, y luego se dejó caer en el sillón colocado debajo del dosel como abrumado de fatiga.

Pedro de Guiac se colocó á su lado con la espada desenvainada.

Al otro lado se situó Enguerrand de Thierry, gran senescal, también con la espada en la mano, y los demás nobles y grandes tomaron sitio según su categoría.

A la izquierda del solio y en dos sillones se sentaron los duques de Borgoña y de Berry.

El gran canciller se dirigió á una mesa que se veía en el centro del salón, colocó sobre ella una caja de oro que contenía el sello real, y luego cruzándose de brazos esperó sin apartar sus ojos de la preciosa caja.

No bien había ocupado cada uno el sitio que le correspondía, se oyeron clarines y entraron seis heraldos ingleses precediendo á cuatro nobles de la misma nación.

El de más edad se adelantó; puso una rodilla en tierra y presentó al rey un pergamino enrollado y sellado con las armas de Inglaterra.

— Señor, dijo con un tono que revelaba una profunda y humillante honra; soy enviado por mi rey y señor, Enrique V de Inglaterra, para poner en las manos de V. A. el tratado de Troyes.

El rey nada respondió; y el enviado se puso en pie y prosiguió hablando de esta suerte con el acento monótono de la fórmula:

— En el presente tratado concede V. A. la mano de su hija la princesa Catalina al rey, mi señor, y estipula además que después de su muerte pasará la corona de Francia á los reyes de Inglaterra.

El enviado, habiendo acabado de exponer su misión, se dirigió á la mesa en que se apoyaba el gran canciller, y volviéndose de espaldas sin el más leve respeto hacia la pálida fantasma que ocupaba el solio, extendió el

(1) Sire ó *messire*, señor ó monseñor en aquella época y equivalente á los más elevados tratamientos.

(2) Ningun soberano tenía entonces otro tratamiento que el de *altete*.

pergamino que contenía el tratado sobre el tapete de terciopelo carmesí, bordado de oro.

— ¡Oh, mengua! exclamó el severo de Guiac con voz sofocada por la cólera y en tanto que los duques de Borgoña y de Berry sonreían con aire de triunfo.

— ¡Infame tratado! dijeron por lo bajo algunos otros señores.

— La reina ha cumplido su palabra, dijo Juan de Borgoña al duque de Berry: no podemos quejarnos de ella.

— ¡Y el delfín que no llega! exclamó Clisson.

Entre tanto, el gran canciller, vendido á los ingleses, y comprado por la reina Isabel, se acercó al rey con la caja del sello abierta.

Carlos tomó su sello y lo acercó al sitio que le señalaba el dedo del canciller; pero no bien lo había fijado sobre el papel se oyó un gran rumor de armas y voces, y un joven de encantadora figura se precipitó en el salón.

Era el delfín.

Tenia apenas diez y ocho años, y Dios había reunido en él la voluptuosa hermosura de su madre Isabel y la noble belleza que había atesorado el infortunado Carlos VI.

Vestia un traje completo de seda azul, bordado de estrellas de plata, pero cubierto de polvo y ajado como si viniese de hacer un largo viaje.

Así era en efecto. El delfín Carlos había logrado á viva fuerza y ayudado de algunos parciales evadirse del castillo en que por orden de su ambiciosa y desnaturalizada madre, vivía encerrado cuatro años hacia.

En su prisa por subir á ver á su padre había dejado en manos de sus escuderos su caperuza y su capotillo, y llevaba solo la túnica celeste ceñida con un cinturón de oro tachonado de diamantes.

Sin reparar en los embajadores ingleses, corrió hacia el trono y se dejó caer de rodillas á sus pies.

— ¡Señor y padre mio!... exclamó en voz jadeante: ¡vedme aquí... soy Carlos, el delfín... vuestro hijo!.....

— ¿No me... llama Juan?... preguntó el rey apartando el sello del tratado.

La firma estaba muy poco indicada; mas el embajador inglés tomó el pergamino, le enrolló y le conservó en la mano.

— ¡Padre! ¡Padre! exclamó el delfín, á cuyos grandes ojos negros asomaron lágrimas de rabioso dolor. ¡Padre, no me desheredes!... ¡No des tu corona y la mía á esa nación maldita y enemiga!... ¡No concedas la mano de mi hermana á ese rey traidor!...

— ¡La corona!... repitió el rey con idiota sonrisa: ¡la corona!... ¿olvidas que la lleva ya tu hermano Juan?

— ¡Mi hermano ha muerto... y mi madre, que le quitó la vida, me quita hoy la corona!... exclamó el delfín retorciendo sus manos con dolor convulsivo.

— ¡Entonces... aun me queda tu hermano Luis... y tus hermanas Micaela y Catalina... y la corona será para cualquiera de los tres!...

— ¡La corona es mía! gritó Carlos con desesperación.

— ¡Tuya! repitió el rey: ¡tuya! ¿Acaso eres tú mi hijo?... ¡No!... ¡tú naciste en una época en que Isabel no me amaba ya! ¡No!... ¡tú no eres mi hijo!... ¡Oh! ¡oh! ¡Mi hijo! ¡No! ¡tú te pareces al caballero de Bouillon, que murió... de hambre!... De hambre... ¿lo oyes? ¡Murió de hambre en los calabozos del Chatelet!

— ¡Ah! ¡Me quitais la corona porque no soy vuestro hijo! exclamó el delfín, ¡y la mujer que dicen me ha llevado en su seno me la quita también para darla á la Inglaterra!... ¿De quién soy hijo, pues?

— ¡De Dios! respondió con voz solemne Pedro de Guiac. ¡Dios es el padre de todos, monseñor! ¡Deja! ir á esos traidores con el infame tratado de Troyes: ya se le arrancarán vuestras espadas en la guerra; y el sello ininteligible del rey Carlos VI será reemplazado por el sello de su sangre!

Los ingleses no dieron muestras de oír estas palabras; y el delfín, después de echar sobre su padre una mirada de dolorosa lástima, desenvainó la espada y gritó:

— ¡Guerra á los ingleses!

— ¡Guerra! repitieron todos los nobles.

El delfín salió seguido de todos los señores que rodeaban á su padre, á cuyo lado solo quedaron el gran senescal y Pedro de Guiac.

III.

Nueve años después y al anochecer de un hermoso día de primavera, una joven campesina que guiaba algunas cabras, se encaminaba al pueblecito de Domremy, situado entre Neufchateau y Vaucouleurs, en la ribera del Mosa, que separa la Champaña de la Lorena.

Durante los nueve años transcurridos desde que empezó esta historia había muerto el rey Carlos VI, sin volver á recobrar su razón lúcida ni por un solo instante.

La reina, encerrada por orden de su esposo en el castillo de Tours á causa de sus desórdenes, logró recobrar su libertad con la ayuda del duque de Borgoña, ciegamente apasionado de ella desde muchos años antes; pero el asesinato del duque privó á Isabel, no solo de su último apoyo, si no también de su último amante, pues contaba ya cincuenta y ocho años, y la Francia entera la miraba con horror.

Por lo que toca al delfín, durante aquellos nueve años había sostenido una guerra encarnizada con los ingleses, que en vez de ir desocupando el reino, cada día le invadían con más osadía y vejaciones.

Tres meses antes de espirar Carlos VI, había muerto también su yerno Enrique V; este ordenó que su her-

¡Muerto John! Me pareció hasta temerario penetrar así en lo futuro.

De todos los rostros alegres que ví la víspera de la boda, el mas radiante era el de Ursula cuando la encontré saliendo del cuarto de Guy. Este cuarto habia estado cerrado desde su marcha; su madre me abrió la puerta sonriendo y me dijo:

— Podedis entrar si quereis, Phineas; ¿no está todo bien arreglado?

En efecto, el aposento estaba muy bonito con sus cortinillas blancas, su cama hecha y los libros en orden. Nada faltaba allí, ni los instrumentos de pesca y de caza cuidadosamente colgados en su puesto.

— Muy bien, repuse chanceándome; pero dudo que el aposento permanezca mucho en tal estado.

— ¡Es verdad! Todo lo trastorna; es descuidado como nadie.

Y la madre se echó á reír; pero temblaba de emoción y de júbilo.

— ¡Si le hallaremos cambiado! exclamé.

— Probablemente; en una de sus cartas dice que tiene una barba muy crecida; yo al pronto no le voy á conocer, añadió con una mirada que desmentia sus palabras.

— Esas rosas son de Mrs. Tod.

— Sí, se ha empeñado en que las tomara. Dice que Guy se detenía siempre á cortar alguna cuando pasaba á caballo por la casa; ella cree verle el domingo próximo: una de las primeras visitas de Guy tiene que ser para esa buena señora.

— Y el caso es que debe hacer bastantes, á juzgar por el número de convites de que he oido hablar ya.

— En efecto, todo el mundo quiere arrebatarle mi hijo; cada cual le prepara su fiestecita... ¡Qué bien ha limpiado Watkins esa escopeta!... Sir Herberto dice que quiere ir con Guy á cazar la semana próxima... á Guy le agradaba mucho ir al palacio de sir Herberto.

La inocente sonrisa de aquella buena madre me hizo sonreír á mi vez; seguramente habria protestado si la hubiesen acusado de querer hacer un matrimonio; pero sin embargo, yo sabia que pensaba en su favorita, la hechicera Gracia Oldtower, que continuaba soltera, habiendo despreciado los mejores partidos del condado, con gran sorpresa y desaprobacion de sus amigos, salvo mistress Halifax.

— Vámonos, Phineas, me dijo al fin lanzando un suspiro, como si la alegría oprimiera su corazón y hubiese sorprendido que su imaginacion la llevaba muy deprisa en lo venidero. Ya su cuarto está listo, puede llegar cuando guste.

Y cerró la puerta con llave. ¿La abriría en breve?

El día siguiente amaneció hermosísimo. Todo sonreía dentro y fuera de casa, el júbilo estaba pintado en todos los rostros, los rostros de la familia nada mas, pues no se habia convidado á nadie, y aun habiamos guardado el mayor sigilo posible en punto al día de la celebracion del matrimonio.

Yo estaba con Madelina en el vestíbulo, y los demás de la familia estaban aun vistiéndose, cuando con asombro vimos llegar á lord Ravenel en su coche de camino; se detuvo delante de la puerta y se apeó con una resolucion que no le era ordinaria.

Madelina corrió á su encuentro, y él se estremeció al verla; la joven vestida de blanco parecia una dulce aparicion de juventud, de ventura y de gracia.

— ¿Es hoy el día de la boda? preguntó; no lo sabia.

Y al mismo tiempo hizo ademán de volverse al coche. Yo le pregunté si habia visto á Guy.

— No.

— Habiamos creído que era Guy quien llegaba, dijo Madelina con sencillez; le estamos esperando. ¿Habeis tenido noticias suyas desde que nos hemos visto? ¿Está bueno?

— Creo que sí.

Esta respuesta me pareció sumamente lacónica; pero lord Ravenel no podia desprender su vista de la hermana de Guy ni soñar una de sus manos que tenia afectuosamente entre las suyas, pues sencilla é inocente como era, no habia renunciado aun á sus privilegios de favorita.

Madelina no quiso que hablara de marcharse; le llevó á la biblioteca donde le dejó solo con su padre, y se fué á decir á su madre lo que habia pasado. Estaba contentísima. Nos hallábamos reunidos en el salon cuando entraron en él M. Halifax y lord Ravenel.

— ¡Ah! ¡lord Ravenel! exclamó Ursula; bien venido sea. ¿Nos permitirá que le tratemos hoy como á un miembro de la familia, y que le supliquemos asista al matrimonio de Edwin?

Lord Ravenel se inclinó.

— Madelina me ha dicho que no habeis visto á Guy; dudo que llegue hoy, pero seguramente estará aquí mañana.

Lord Ravenel se inclinó de nuevo sin responder.

Mistress Halifax preguntó cómo habia llegado aquella visita inesperada.

— Ha venido para negocios, respondió John.

Ursula no prosiguió sus preguntas, y continuó hablando con lord Ravenel mientras jugaba con el largo fleco del pañuelo que le habia regalado su hijo. Los rayos del sol hacian resaltar los ricos pliegues del vestido de seda de color de perla que ella llevaba con tanta gracia y dignidad; casi estaba tan hechicera como la novia.

Yo me hallaba ocupado en mirarla cuando John me llamó al gabinete de estudio.

— Entra y cierra la puerta, me dijo.

En su aire y en su voz comprendí que habia sucedido alguna desgracia.

— Sí, te diré lo que ha pasado luego... si tengo tiempo.

Y mientras hablaba le dió un dolor agudo físico ó moral, que me hizo correr á la puerta para llamar á Ursula; pero una señal suya me detuvo.

— No llames á nadie, estoy acostumbrado... agua.

Bebió un vaso de agua, respiró lentamente y su dolor se calmó poco á poco.

En aquel momento oimos á Madelina que atravesaba el vestíbulo riendo.

— Padre mio, ¿ dónde estais? Os esperamos.

— Allí voy, hija mia, dentro de un instante, contestó con su tono ordinario.

Y luego volvió á cerrar la puerta y me dijo con precipitacion:

— Phineas, desco que no vengas á la iglesia con nosotros; da alguna excusa, ó yo la daré. Escribe una carta por mí á Paris, y pon estas señas. Dí que iré sin falta dentro de una semana á responder de todo.

— ¡Responder de todo! exclamé con sorpresa.

John me repitió palabra por palabra lo que debia escribir.

— ¿No lo olvidarás? Ten cuidado, y echa la carta al correo antes que nosotros volvamos de la iglesia.

Entonces se oyó la voz de Ursula.

— ¿ Vienes, John?

— Dentro de un instante, amiga mia, respondió acudiendo á la puerta; y luego dirigiéndose á mí, me dijo casi sin aliento: Ya comprendes que hay que guardar el mayor sigilo... ella no debe saber nada... antes de esta noche.

— Una palabra no mas; ¿Guy vive? ¿está en buena salud?

— Sí... sí...

— Alabado sea Dios.

John ya habia salido.

Tranquilo acerca de lo principal, la vida de Guy, marché al salon y di un pretexto para no acompañar á la iglesia á la familia. A todas las objeciones que me hicieron supe hallar respuesta.

La familia se puso en marcha. Mrs. Halifax iba delante apoyada en el brazo de Edwin; Madelina, Walter y lord Ravenel los seguian; John cerraba la marcha con Lucia.

Atravesaron el jardin y se dirigieron por el bosquecillo á la iglesia de la colina.

Yo escribí la carta, la eché al correo y volví á sentarme en el gabinete de estudio.

Incapaz de adivinar la nueva desgracia que nos amenazaba, me preparaba á ella con sombría resignacion, sabiendo que era inevitable. Algunas veces hasta me olvidaba de Guy al recordar el aire de su padre cuando me habia llamado al gabinete de estudio y se habia dejado caer sobre mi sillón.

¿Qué significaba aquel súbito dolor? ¿Era una enfermedad? Nunca se habia quejado; habian pasado años enteros sin que tuviese la mas ligera indisposicion. Le habia observado cuando atravesaba el jardin con Lucia, y su paso firme no denotaba la menor flaqueza; además, John no era hombre de tener secretos con nosotros; era imposible que estuviese enfermo, lo habiamos sabido.

En aquel instante las campanas de la iglesia repicaron alegres: la ceremonia estaba concluida.

Saí al encuentro de los novios, que llegaban escoltados de todos los habitantes de Enderly, los cuales los saludaban con entusiasmo y los arrojaban flores en su camino.

Conservo un vago recuerdo de todos aquellos semblantes alegres, si bien mi vista no se fijaba mas que en una persona: en mi amigo John.

Este permaneció en los escalones de la puerta mientras los novios penetraban en la casa; dió gracias brevemente á todo el mundo, y convidó á todos á tomar parte en los regocijos de aquel día.

La respuesta fué una exclamacion universal, y en ella descollo una voz gritando:

— ¡Un hurra por master Guy!

Los ojos de Ursula se llenaron de lágrimas de júbilo.

— John, da las gracias; díes que mañana les responderá nuestro hijo.

M. Halifax dió gracias; pero sea que su voz se perdiese en los gritos de la muchedumbre, sea que no quisiera entrar en explicaciones, no habló del regreso de su hijo.

Durante todo el día y principalmente en el almuerzo que se habia preparado con motivo de la boda, M. Halifax supo conservar la misma calma. Una vez solo, mientras todo el mundo rodeaba a los jóvenes esposos, me preguntó:

— ¿Está hecho, Phineas?

— ¿Qué? preguntó de repente Ursula.

— Una carta que le he pedido que me escribiera hoy, respondió John con aire casi indiferente.

Este disimulo formaba tal contraste con el carácter de mi amigo, que principié á entrar en cuidado.

Mistress Halifax repuso con inquietud:

— Una carta sobre negocios, ¿no es verdad?

— En parte sí; te lo diré esta noche.

Ursula pareció serenarse.

— Como quieras; ya sabes que no soy curiosa.

Pero luego añadió con mas gravedad:

— John, si fuera algo importante, algo que yo debiera saber en seguida, no me lo ocultarias, ¿no es verdad?

— No... no por cierto.

Entonces comprendí que la desgracia que nos habia herido era irremediable, y que John tenia motivos para ocultarla, al menos durante algunas horas, á su mujer y á sus hijos.

Aquel día era el mas hermoso de la vida de Edwin y de Lucia, y no queria turbar su felicidad.

Brindó pues á la salud de los esposos, les dió su bendicion y los acompañó hasta el coche.

Edwin se detuvo en el estribo para abrazar á su madre con ternura, y la manifestó en voz baja que dijera muchas cosas á su hermano Guy.

— Esta marcha me recuerda la de Guy, exclamó la madre enjugándose los ojos. ¿Pensais que vendrá esta noche, Phineas?

— No.

— ¿Y porqué? Ha tenido tiempo de recibir mi carta.

Lord Ravenel ha estado en Paris despues y ha vuelto; pero, añadió dirigiéndose al joven lord, creo haberos oido decir que no habeis visto á Guy.

— No.

— ¿Y habeis tenido noticias de él?

— Yo... mistress Halifax...

Confuso y cortado, el joven lord se volvió hácia John que respondió por él:

— Lord Ravenel me ha traído una carta de Guy esta mañana.

— ¡Una carta de Guy! ¡Y no me lo has dicho! ¡Es extraño!

¡Extraño! El pensamiento de la madre no parecia ir más allá.

(Se continuará.)

Tipos alsacianos.

LOS JOVENES MONTAÑESES.

Quando se detiene la diligencia á cambiar caballos en algunos de los valles de los Vosges, como los del Brusche, Munster y Santa María de las Minas, al punto aparece una cuadrilla de chicos y de chicas que rodean el carruaje. Con los piés descalzos, mal vestidos, sin nada en la cabeza, pero con rostro muy alegre, miran á los viajeros como burlándose de ellos; y sin embargo, sus burlas son inocentes. Lo único que desean es reír, saltar y jugar. Si los viajeros se muestran afables, al punto les interpelan, se familiarizan con ellos; y en fin, si les arrojan algunas frutas ó algunos cuartos, aquello se convierte en una fiesta de brincos, saltos y caidas al suelo. ¡Qué grupos tan preciosos, tan animados! ¡Qué caprichos tan singulares los de esas criaturas! Cuando la diligencia parte, corren detrás, y la siguen un cuarto de legua gritando y alborotando que es un portento.

Sin trabajo se puede creer que ese carácter jovial no se manifiesta únicamente en esa ocasion. ¡Ay del carretero que se duerme si es que lleva en su carro alguna cosa capaz de tentar á los muchachos! Hé ahí justamente un carretero dormido por el calor del día ó por los tragos. Su cabeza cubierta con un tricordio se inclina hácia sus rodillas, en tanto que sus cuatro bueyes tiran del vehículo por un camino en cuesta. ¡Buena fortuna para la pandilla! Sobre el heno que lleva sin atar segun la costumbre del pais, el aldeano ha colocado un tonel de melaza, y quiere la suerte que el contenido se escape en abundancia por una rajita. Un rastro líquido llama la atencion de las chiquillas que espian el paso del *langwagen* (asi llaman el carro de cuatro ruedas que usan las poblaciones en toda Europa desde los tiempos mas remotos). Las pícaras aprovechan la ocasion; unas acuden con vasijas, y otras mas ávidas ó menos previsoras cuentan con sus manos para que las sirvan de vasos. Suben por detrás del carro, hacen de prisa su provision y bajan. ¡Con qué alegría esa tunantuela se lame la palma de la mano! Esa otra, un poco apartada, saborea la negra ambrosia metiendo media cara en el jarro. Mientras una se chupa la muñeca, su compañera mete los dedos en la melaza, y no hay para qué añadir que los limpiará sin agua ni servilleta.

Pero el resto de la cuadrilla no ha probado aun el sabroso líquido. Dos montañeses han subido al tonel agarrándose como pueden, y vemos que no pierden su tiempo. Otra con un jarro quiere imitarlas, pero es cosa difícil, pues sus amigas no la cederán el puesto. Pero á pesar de esto, cada cual pugna por llegar al tonel maravilloso. Una golosa, algo pesada por cierto, se agarra á la punta del árbol que sostiene los dos pares de ruedas y que sobresale por detrás del carro; no obstante sus esfuerzos, no consigue subir, y así es que una compañera la presta socorro, sin duda con intencion de obtener su parte. Y la que ha querido ejecutar la misma proeza y se ha caído ¿qué compensacion tendrá? ¿quién apaciguará su dolor asociándola á la golosina? Esto es lo que yo ignoro. — La caída ha sido fuerte, pues su abuela suelta su muleta para acudir en su auxilio.

Muy luego los pilluelos tendrán su fiesta. Pasa otro carro, y como el calor sofoca segun parece, el carretero se ha dormido tan profundamente como el otro. Su sombrero de alas anchas protege su rostro de los rayos del sol. El vehículo tirado por tres caballos lleva con él heno una rama de árbol que el viento habrá hecho caer. Sobre el heno descansa suavemente una pieza de schnaps. Sin duda no sabeis lo que es el schnaps, pero en cambio los picaruelos conocen muy bien ese aguardiente de patatas, ciruelas ó granos, y les gusta como gusta á sus padres, tíos, padrinos y demás parentela. Ya tenemos tres que han saltado á la carreta y que tratan de agujerear el tonel. Otro se ha caído hácia atrás; otro, que no quiere sin duda economizar sus albarcas, se agarra á la punta de la rama resinosa y va arrastrándose por el camino. Un racimo de ellos da el asalto. Pero los chicos son tan belicosos en las montañas como en los valles;

dos se han puesto á luchar, y uno de los antagonistas procura que caiga con él su adversario. Vanamente un amigo comun trata de separarlos; sus violentos esfuerzos no alcanzan resultado alguno. Esa madre que arrastra á su hijo lejos del tumulto obtiene un éxito mejor; con una mano tira de él, y con la otra le administra un buen correctivo. A pescozones llegará á la casa, donde permanecerá tranquilo el corto tiempo necesario para olvidar el castigo.

Hay sin embargo un cuento popular en los Vosges que debería servir de escarmiento á la gente menuda. Se dice que antiguamente un muchuelo muy malicioso habia llegado á tener cierta celebridad por sus continuas fechorías. Ponia piedras bajo la rueda de los molinos, lo que las impedía funcionar ó rompía las artesas; durante la noche el tunantuelo levantaba las compuertas de los canales de riego para inundar los prados, y abría los establos á fin de que se escaparan los animales. Un dia llevó la broma hasta el extremo de incendiar la cabaña de un pastor que quedó reducida á cenizas.

Esto era demasiado; el gigante del Nideck le cogió, se le llevó al monte, y llamó á su madre que era una bruja muy endemoniada. Esta acudió de su laboratorio y oyó la acusacion. El delincuente lloraba, gritaba, se arrancaba el pelo, hacia muchas promesas, pero nada le valió.

— Te has de cambiar en mochuelo! le dijo la bruja tocándole con su varita mágica.

Y al punto el volúmen de su cuerpo disminuyó, se cubrió de plumas pardas, un círculo amarillo rodeó sus pupilas, y la lla-



TIPOS ALSACIANOS.

ma del incendio pareció reflejarse en sus ojos desmesurados.

Ahora en vez de hacer picardías por las calles se esconde en las ruinas y vuela á través de las tinieblas. Ya no ríe ni canta; no hace mas que soltar un grito monótono que entristece á todo el mundo. — Para conservar esta leyenda y abrirla las puertas de todas las cabañas, un poeta alsaciano, Ehrenfried Steuber la puso en verso. Desgraciadamente los chicos no hacen caso de ella, y cada dia son mas turbulentos.

Pero ¿qué ha pasado pues? ¿porqué las pequenuelas que hace un instante hemos visto tan alegres se han puesto tan serias ahora? ¿Han cambiado súbitamente de carácter? ¡Oh! no; ha sucedido que se han convertido ya en unas mujercitas, que gustan mucho de adornarse, y como hoy es domingo, tienen puestas todas sus galas. Llevan gorras, vestidos con mangas, pañolitos al cuello, delantales, lazos de cinta y hasta zapatos y medias, lo cual es un lujo extraordinario. Así es que no queriendo desgobernarse, temen hacer un movimiento. Al ver sus caritas tan graves no se puede creer sean aquellas mismas revoltosas que hace un momento, es decir, ayer, corrían tan locamente detrás del carro y se empujaban una á otra para llegar antes, sin acordarse de sus vestidos; hoy parece que celebran consejo para tratar de algun asunto importante. Sin embargo, esta gravedad no durará mucho; mañana saltarán y jugarán como de costumbre.

De todos modos se acerca el dia en que irán á trabajar al campo con sus hermanas. Estas que tienen ya de trece á catorce años,



EL TONEL DE MELAZA. — Composicion y dibujo de Schuler.

salen por la mañana y vuelven cuando aprieta el calor. En este momento descansan. Llevan un corpiño de color, los brazos en mangas de camisa, una basquiña clara y zapatos, á fin de no herirse los piés con las piedrecillas de las tierras que trabajan. Con ellas se hacen mas gastos que con las chiquitillas inútiles aun. Siguiendo la costumbre de las mujeres alsacianas que trabajan al aire libre, abrigan sus cabezas con grandes sombreros, los unos de forma y de fabricacion indigenas, y los otros desechados por las señoras. Son delgadas, lo que no es de extrañar en la adolescencia, pero lo serian mucho mas si habitasen en los montes, donde las criaturas se desarrollan á duras penas, porque los víveres escasean y son malos. Cuando las jóvenes saludan al viajero, este casi sin quererlo se detiene á examinar sus facciones delicadas, sus hermosos cabellos rubios que flotan sobre sus hombros, su cuerpo esbelto, sus piernas desnudas y su basquiña de lienzo desgarrada en muchas partes. Son la imágen de la pobreza bajo su aspecto menos triste, y sin embargo, no puede uno menos de sufrir un sentimiento doloroso al pensar que su vida es una larga privacion. Ahora que van á ser mujeres necesitarian un poco de alimento, y no hay duda que muy luego serian unas buenas mozas; á ese aire abatido, á esa expresion melancólica sucederian la fuerza de la juventud y el contento propio de ella, pero su implacable régimen no cambiará, y seguirán teniendo por único alimento patatas cocidas en el agua. De aquí á pocos años, todas las esperanzas que hacian concebir esos lindos rostros se habrán desvanecido; las



TIPOS ALSACIANOS.

tiernas flores estarán ajadas, y la naturaleza neutralizada sin cesar por lo que llaman la civilizacion, no habrá podido cumplir sus promesas. A. M.

LOS AVENTUREROS.

(Conclusion.)

Benito, que conservaba aun sus manos libres, las juntó implorando compasion.

Towah dijo:

— Towah mató á su mujer á quien amaba.

El indio ató á Benito de piés y manos. En seguida pasó cuatro veces la puerta de la calle. Cada vez que entraba traia á cuestras un cadáver del landó, que iba colocando entre los otros cuatro primeros, como quien forma una estrella de ocho rayos cuyo centro era el monton de dinero.

Después de practicado esto, alcanzó un hacha que colgaba de un clavo en la pared haciendo con ella pedazos la mesa, sillas, cama, armarios y todo cuanto contenia el cuarto. Con todo este combustible construyó una pira central y otras cuatro mas pequeñas en los ángulos de la habitacion.

El indio se sentó al lado de Benito, y sacando un par de sandalias brillantes y engrasadas de nuevo de debajo de su ropón, se las calzó cantando una salmodia lenta y gutural.

El propietario estaba ya medio muerto.

Towah paseó la afilada hoja de su cuchillo al rededor de la cabellera del miserable, arrancándosela de un solo golpe. Benito cerró los ojos y no hizo mas movimiento.



EL TONEL DE SCNAPS. — Composicion y dibujo de Schuler.

El indio prendió fuego á las cinco piras, y metió la ensangrentada cabellera del propietario en un saco de cuero que pendía de su cintura, dentro del cual había otras ocho. Towah salió de la casa llevando en la mano una botella de aguardiente. Así que estuvo fuera bebió un largo trago, y en seguida vertiendo un poco de aquel líquido en el hueco de su mano, frotó bruscamente las narices y los labios de los dos caballos, pinchándolos al mismo tiempo con la punta de su cuchillo, despues de haber cortado un tiro de cada uno de ellos.

Los dos animales partieron á escape, brincando y encabritándose. A los cincuenta pasos ya no arrastraban sino restos del coche, cuyo ruido acababa de volverlos uriosos.

El landó, tirado de una manera desigual en la diabólica rapidez de la bajada, se había hecho mil astillas chocando contra las paredes de derecha é izquierda.

Las llamas empezaban á salir por las ventanas de la casa de Benito.

Towah se bajó para contemplar sus sandalias, señal de su venganza satisfecha.

El indio bebió otro trago de aguardiente y arrojó el resto. Towah estiró cuanto pudo su elevada estatura, en tanto que su dilatado pecho exhaló un orgulloso suspiro.

El indio bajó hácia la ciudad con paso lento y la cabeza erguida.

XVIII.

DUELO AMERICANO.

Eran las seis de la mañana. El cielo negro y nebuloso ofrecía en el horizonte por la parte del Oriente, ondas azuladas sobre las cuales se apoyaban anchas fajas de un gris ceniciento.

La llanura estaba aun envuelta en la oscuridad.

Acá y acullá algunos árboles aislados velaban como fantasmas.

Era el instante en que el crepúsculo naciente va á empezar contra la noche su lucha victoriosa. Las tinieblas reinaban todavía, pero un resplandor que sale sin saberse de dónde las vuelve ya confusamente visibles.

Una berlina corría al galope por la carretera de Lille tirada por dos briosos caballos. Las ventanillas del vehículo estaban cerradas; el cochero apuraba á los animales sin conciencia.

Un poco mas allá del fuerte Aubervilliers, que el cochero dejó á la derecha, un puente á flor de tierra atravesaba el riachuelo de Montfort, el cual, á pesar de haber calmado el frío, estaba cubierto de una gruesa capa de hielo. El cochero paró la berlina á la cabeza del puente y abrió la portezuela.

— Seguid adelante, gritó una voz desde el interior, y deteneos en el bosque que se extiende delante de la Courneuve.

La portezuela se volvió á cerrar; el cochero obedeció. Al cabo de unos diez minutos de marcha el coche se detuvo otra vez. El crepúsculo arrojaba bastante luz para dejar ver un pequeño bosque de encinas á la izquierda del camino.

— ¡No bajéis! ordenó la voz del interior.

El viajero bajó por sí solo el estribo y saltó á la carretera. Iba envuelto en una capa, y en la mano llevaba una carabina de doble tiro.

— Volved el carruaje y tomad el camino de Paris, dijo el viajero; encontrareis vuestro salario dentro de la bolsa del coche.

— Si el caballero tenía necesidad... empezó á decir el cochero.

El viajero preparó su carabina.

— ¡No mas réplicas! dijo; andando.

El cochero azotó sus caballos.

El viajero se metió en seguida en el bosque y se dirigió corriendo por el lado de Courneuve, como si temiera ser perseguido.

A unos doscientos pasos de la carretera se paró de repente y se puso á escuchar. El viajero creyó oír un ruido que cesó en seguida. Era como el eco de su misma marcha.

Cuando se escucha así despues de haber corrido y oído, es con frecuencia engañado por la agitacion misma de la respiracion.

Enrique de Villiers, pues era él, permaneció un instante inmóvil y reteniendo su aliento. Un silencio profundo reinaba en el bosque.

En el momento que volvió á emprender la marcha, oyó débilmente el ruido de las hojas agitadas y se volvió. Ilusion ó realidad, le pareció distinguir una forma indecisa por entre los árboles.

Enrique se echó la carabina á la cara y apuntó. Pero en el instante en que iba á hacer fuego reflexionó, y dirigióse con la carabina preparada hácia el objeto apuntado.

Era un viejo tronco de encina; le dió la vuelta, pero no vió á nadie; sin embargo, á unos cincuenta pasos mas allá las hojas volvieron á hacer ruido, y el vizconde Enrique creyó ver otra vez un objeto que se movía entre las tinieblas.

— ¿Sueño? exclamó reprendiéndose su debilidad; ¿no he visto cien veces sombras movibles como esta en los bosques?... ¡Vamos, sangre fria! mi partida se presenta aun muy ventajosa; tengo buen pié y buen ojo, y me parece que Rosen no heredará mis bienes.

El vizconde atravesó el bosque corriendo y no se detuvo hasta la orilla.

Allí arrimó su carabina contra un árbol, y por medio de una frotacion fuerte y prolongada trató de volver la flexibilidad á sus manos entumecidas.

Dentro del bosque era aun de noche, pero en la llanura empezaba á clarear el dia. El vizconde podía tomar sus medidas y trazar su plan de batalla. En este momento no se acordaba ya del fantasma que persiguiera al poco rato de entrar en el bosque.

Y sin embargo hacía muy mal, pues á doscientos pasos de él, Towah se adelantaba arrastrándose lentamente sin producir el mas ligero ruido.

Towah venia de Paris siguiendo la berlina desde la avenida de Gabriela.

El vizconde Enrique se decía:

— Rosen bajará por el arroyo de Montfort á buscar el camino de la Courneuve; y despues remontará la corriente para llegar á la carretera de Lille. Yo me emboscure en la llanura á medio tiro. Le cogeré de flanco, y si mi mano no tiembla, aquí concluirá la historia.

Enrique se hizo bajar á un cuarto de legua mas abajo del riachuelo con la idea de favorecer esta maniobra, y volvió á ganar luego el terreno que perdiera atravesando por medio del bosque.

Sin defender al vizconde, debemos sin embargo decir que su astucia en nada se oponia á las leyes extravagantes y feroces del duelo americano. En aquel buen pais se hace poco caso de las reglas caballerescas.

Los Piel-rojas eran valientes: los Yankées son ciudadanos: los segundos han exterminado á los primeros llamándoles salvajes.

Desde luego, los Yankées saben vivir, y no se pasa semana sin que sus enormes diarios nos traigan una nueva prueba de su civilizacion: se dan trompis en el Congreso, se prodigan escopetazos en medio de las calles, se levantan la tapa de los sesos en las iglesias por medio de esos ingeniosos instrumentos á los cuales han bautizado con el nombre de *revolvers*; todo eso, ¡diantre! no es salvajería.

El duelo americano no tiene la menor relacion con ese combate cortés en campo cerrado, que es nuestro desafío.

El duelo americano es un combate encarnizado ó mas bien una guerra declarada, en la que cada parte beligerante conserva su libertad de accion.

No tenemos necesidad de añadir que el duelo americano no es nunca como el nuestro, una broma mas ó menos pesada. En el combate americano resulta siempre un cadáver al fin de la lucha.

El vizconde se apretó bien su cinturón, y se aseguró de que su vestido no embarazaba sus movimientos.

Su vista buscaba ya á lo lejos en la llanura el sitio en donde se colocaría para el acecho.

Towah no estaba sino á unos cincuenta pasos de él. El indio se arrastraba por el suelo. La serpiente de las sabanas no se desliza mas silenciosamente por entre las altas yerbas.

Al Oriente, la línea parda de las nubes empezaba á teñirse de color de amaranto. El frío, como generalmente sucede en esta hora, volvía á ser intenso. El agua del deshielo colgaba en formas cristalinas de las ramas de los árboles.

No se veía alma viviente en toda la llanura.

— Deberá venir luego, se decía el vizconde; si llega á hacerse de dia, el combate no podrá verificarse.

A la punta norte del bosque el terreno formaba una pequeña eminencia, cuya sumidad estaba solo separada algunos pasos de los últimos árboles. El vizconde subió á ella para ver si distinguía desde allí el arroyo de Montfort.

Towah estaba ahora á dos ó tres toesas del árbol. El indio llegó á él, y cogiendo la carabina se tendió en el suelo. En seguida desarmó los cañones movibles, sacó los dos cartuchos, y despues de quitarles las balas los volvió á su puesto.

Cuando el vizconde Enrique volvió al árbol, la carabina se hallaba en el mismo sitio.

Towah, invisible detrás del tronco de una grande encina, se sonreía enseñando sus dos filas de blancos dientes.

El vizconde cogió precipitadamente su arma, y quitándose su capa la cual rolló al rededor de su brazo, echó á correr dando vuelta á la eminencia, hácia el lado del Oeste.

Enrique acababa de descubrir á su adversario.

Alberto de Rosen se adelantaba en efecto á una distancia de tres ó cuatrocientos pasos. Alberto no seguía la direccion del arroyo de Montfort, sino que se había metido en la llanura para evitar una emboscada.

Su marcha era lenta y parecia penosa. Era un buen blanco. Su capa le cubría de la cabeza á los piés.

El dia, que se adelantaba por momentos, permitía descubrir la venda de sus ojos.

El vizconde preparó su carabina y se metió en el hondo. En seguida hizo mover su cuchillo de oro dentro de la vaina, á fin de ver si salía con facilidad. Enrique pensaba:

— Dentro de tres minutos este hombre es mio.

La pequeña hondonada por la cual el vizconde marchaba, llegaba hasta unos ciento cincuenta pasos de la línea recta que seguía Rosen. Pero este, habiéndose detenido para inspeccionar el terreno á su alrededor, cambió de direccion y se puso á marchar en derechura hácia el vizconde. Enrique puso la rodilla en tierra y apuntó.

A cien pasos el vizconde hizo fuego.

La capa de Rosen cayó y dejó ver su traje húngaro de cuya cintura colgaba un cuchillo de oro igual en un todo al que llevaba M. de Villiers.

Rosen, que tenía su carabina en disposicion de hacer fuego, marchó mas aprisa.

Enrique apuntó otra vez. Toda su alma estaba en sus

ojos. Sesenta pasos á lo mas le separaban de su adversario cuando salió su segundo tiro.

Rosen se detuvo y llevó la mano á su frente. Enrique creyó que le había herido en la cabeza. Pero lejos de tambalearse, el conde Alberto pareció crecer de repente. Su cuerpo, encorvado hasta ahora, se manifestó suelto y elevado, en tanto que arrancándose el vendaje pudo verse su cara libremente.

M. de Villiers arrojó un grito de rabia.

— ¡Jorge Leslie! exclamó poniéndose á cargar precipitadamente su carabina.

— Os prohibo cargar, dijo Rosen con calma, y como Enrique no obedeciese, el conde le apuntó por primera vez.

Una tercera detonacion retumbó por la desierta llanura. Fué la última: la culata de la carabina de Enrique saltó hecha pedazos.

Rosen arrojó la suya y siguió adelantándose.

Sus ojos estaban fijos en los del vizconde, quien á pesar de su palidez, desvainó resueltamente su cuchillo de oro.

— Habis tenido mucha suerte, señor Leslie, dijo Enrique; si hubiese apuntado mejor ¿de qué os hubiesen servido todas vuestras monerías?

— Nuestro combate no ha empezado todavía, señor de Villiers, respondió Rosen; vuestros cartuchos no tenían bala.

— ¡Entonces es un asesinato!...

Rosen sacó un golden-dagger.

— ¿Queréis hacer justicia á miss Elena Talbot? preguntó.

— No, respondió Enrique; os aguardo.

Rosen hizo dos pasos y dió un salto. Enrique le aguardó á pié firme y le dirigió una cuchillada con toda su fuerza, la cual Rosen se quitó sin contestar.

Un instante despues, Enrique estaba tendido en el suelo; Rosen le tenía cogida la muñeca derecha y la rodilla puesta sobre su pecho.

— ¿Queréis hacer justicia á miss Elena Talbot? le preguntó otra vez.

La rabia que experimentara el vizconde le hacia arrojarse espuma por la boca.

— No, respondió otra vez.

Y en seguida soltando una carcajada, añadió:

— Jurásteis que no me mataríais.

Rosen dijo por tercera vez:

— ¿Queréis hacer justicia á miss Elena Talbot?

La misma indecision con que Rosen hacia estas preguntas aumentaba la osadía de M. de Villiers.

— Quiero casarme con mi prima Elena de Boistrudan, replicó el vizconde; la otra os la cedo á vos, señor caballero errante.

El conde Alberto no podía comprender toda la infame burla que encerraba esta palabra. Apenas Enrique la hubo pronunciado, hizo un esfuerzo tan violento para desasirse de Rosen, que su chaqueta se abrió desgarrada de arriba abajo, dejando ver un papel.

Enrique lanzó un rugido, mordiendo al mismo tiempo el puño de Rosen para hacerle soltar. Alberto le soltó en efecto para inclinarse sobre el papel, que era una carta.

Al primer golpe de vista Rosen reconoció el sello postal de los Estados Unidos: la carta venia de Baltimore dirigida á la señorita Elena de Boistrudan; pero la letra no era de la mano de Elena Talbot.

Cediendo á su primer impulso, Rosen se arrojó sobre la carta; pero el vizconde, que le estaba acechando, dió un salto de tigre, y asestándole al corazón, le descargó una fuerte puñalada.

El golpe sin embargo fué inútil, pues en el mismo instante de darlo se vió levantado del suelo por dos brazos de atleta que oprimían su cintura.

El conde no podía volverse. ¿Y para qué? las manos cobrizas de Towah eran tan fáciles de conocer como su cara.

— ¡No le hagás daño! le gritó Rosen.

Alberto abrió la carta y se puso á leer. Su cabeza se inclinó sobre su pecho, en tanto que una gruesa lágrima brillaba en sus párpados.

— ¡Elena ha muerto! pronunció Alberto lentamente. Un sonido ronco y gutural salió del pecho del indio.

— Elena ha subido pura y santa á los piés de Dios, añadió Rosen.

— Ya veis, dijo el vizconde Enrique de Villiers, que aun cuando lo quisiera, no podría acceder á vuestra demanda.

Rosen pasó el revés de su mano por su frente.

— ¡Elena ha muerto, repitió sollozando; ¡el santo amor de mi juventud! Prometí no derramar vuestra sangre en tanto que conservaríais la posibilidad de reparar vuestro crimen..... mi promesa ha espirado tambien..... Suéltale, Towah.

El indio obedeció.

— Haced como yo, señor de Villiers, repuso Rosen, quitándose su dolman y sacando de su cartera el papel firmado por Enrique en Baltimore la noche en que el duelo fué ofrecido y aceptado.

— Desconfío de ese hombre, dijo Enrique señalando á Towah.

— Ven aquí, Towah, le dijo Rosen.

Y cuando el indio estuvo entre él y el vizconde, añadió:

— Júrame que no te moverás durante la lucha.

— ¡Towah lo jura!

— Júrame que si muero no me vengarás.

Towah titubeó.

Rosen le puso la mano encima del hombro.

— Jura, repitió, por los huesos de tu padre.

— Towah lo jura, pronunció el indio con repugnancia, por los huesos de su padre.

— ¿Y debo contentarme con eso? dijo Enrique con amarga sonrisa.

— Señor de Villiers, respondió Rosen, si no os batís conmigo como un hombre, el indio os matará como un perro.

Towah se lamó los labios.

— ¡Imítadme! repitió Rosen.

Y en seguida ensartó con la hoja de su cuchillo de oro el papel firmado por M. de Villiers. Este sacó el papel firmado por Rosen y lo ensartó igualmente en su golden-dagger.

Los dos se pusieron en guardia, pié derecho contra pié derecho, el cuchillo sobre la rodilla y la capa rollada en el brazo izquierdo.

Enrique dió el primer golpe. Pero en seguida cayó de espaldas. El cuchillo de Rosen le atravesó el corazón, y enseñaba pegado á los labios de la mortal herida el papel en el cual había escrito las siguientes palabras:

«Muero voluntariamente y por mi propia mano. — ENRIQUE, vizconde de Villiers.»

Mucho trabajo costó á Towah el dejar allí aquella decima cabellera.

El sol, que no había llegado aun á la línea del horizonte, coloraba de púrpura las franjas que formaban las nubes.

— ¿Y Mohican? preguntó Rosen en tanto que atravesaban la llanura solitaria para llegar al arroyo de Montfort.

Towah miró orgullosamente sus piés calzados con las sandalias, y en seguida su dedo señaló á lo lejos las alturas de Montmartre, de donde se elevaba una espesa columna de humo.

— La mujer de Towah duerme en paz, dijo el indio; está vengada... parto.

Al dar las nueve el conde entraba en la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

Elena de Boistrudan, arrodillada delante del altar de la Virgen, oraba con fervor con la cabeza entre sus manos.

Rosen, acercándose á la jóven, le dijo:

— Elena ha muerto: su hija es huérfana. Os amo: ¿quereis que la hija de Elena tenga padre y madre?

Al Este de la gran ciudad de Ofen, que hoy llamamos Buda, entre los bosques Baconier y el lago Balaton, se ve un soberbio castillo que se eleva sombrío é imponente por entre las seculares encinas que pueblan la pendiente de la montaña.

El siglo XV vive aun en Hungría. Los magiáres hablan latin. Las ciudades tienen sus vigilantes nocturnos, y las fortalezas existen tales como quedaron despues de las guerras feudales de la edad media.

Este gran castillo, flanqueado de torrecillas puntiagudas, ostentaba entre las dos grietas de su puente levadizo un grande escudo de armas esculpido en la piedra. Era la antigua residencia de los bans de Kaspovar.

Este castillo dominaba fértiles llanuras, y bajo sus almenas se abrigaba un pueblecillo feliz.

Un año despues de los acontecimientos que acabamos de referir, la noche de Navidad de 1850, se daba una fiesta en el gran salon del castillo.

Al rededor de la enorme chimenea de mármol amarillo, ardian troncos de árboles enteros: junto al hogar había reunida una familia.

Dos señoras ancianas de las cuales una llevaba luto; la marquesa de Boistrudan y mistress Talbot, madre de Elena; despues el general O'Brien en traje de camino, teniendo sobre sus rodillas á una bella niña de diez y ocho meses; en seguida el conde Alberto de Rosen y su jóven esposa que tenía en el pecho á una niña recién nacida.

La hermosa niña de diez y ocho meses se llamaba Elena: era la hija de Elena Talbot. La recién nacida, cuya madre era Elena de Boistrudan, se llamaba también Elena.

Eran dos hermanas: desde luego se adivinaba que las dos niñas se parecerian mucho.

Reinaba en aquella reunion una felicidad tranquila y envidiable. La jóven condesa de Rosen contemplaba las dos niñas igualmente queridas. En los ojos de Alberto, hijos en su esposa, hablaba el amor.

Únicamente la marquesa hostezaba de vez en cuando. Era una especie de proscrita. Además, sabía ya todas las historias de su yerno.

— Puesto que venís de Paris, general, dijo la marquesa, habládnos de allí. ¿Qué se hace en Paris? ¿Qué se dice en Paris?

— Paris duerme, respondió O'Brien; ya no existe en él política ni literatura; solamente la Bolsa está despierta. Sin embargo, hablan allí mucho de una mujer...

— ¿De cuál?

— De la duquesa del Valle.

Elena palideció en tanto que dirigía á Alberto una mirada furtiva. Su esposo bajó los ojos.

— ¿Qué se dice de la duquesa del Valle? preguntó la marquesa.

— Que es viuda, respondió O'Brien, y que su corazón abriga una gran pasión.

— ¡Cómo! exclamó Rosen, ¡el duque ha muerto!

— ¿Es aun tan bella? preguntó la marquesa.

— Dios lo sabe, señora, respondió el general tomando ahora un aire grave; los hombres no la verán mas.

Todas las miradas interrogaron al general. O'Brien, poniendo la pequeña Elena sobre las rodillas de mistress Talbot, sacó de su faltriquera una caja de piel de zapa la cual puso en manos de la jóven condesa de Rosen,

— La última vez que oí el sonido de su voz, repuso el general, fué al través de un velo de religiosa. La vispera antes había pronunciado sus votos. La duquesa me hizo llamar para decirme que me encargase de entregar esto á Elena.

La condesa de Rosen abrió el cajoncito con mano trémula; contenía un mechón de cabellos rubios metidos en un medallon de cristal, y una carta.

Los ojos de Elena brillaron así que miró los cabellos rubios que cubrían parte de la frente de su esposo.

— Leed la carta, dijo el anciano O'Brien.

La carta decía así:

«Se los robé durante su sueño una noche que sufría, mientras que le estaba velando en la cabecera de su cama. Os los devuelvo, querida hermana. He muerto hasta para los recuerdos. Amadle mucho y sed feliz.»

Sr CARMEN.»

Elena besó el medallon y entregó el billete á las llamas.

Revista de la moda.

SUMARIO — Las modas primaveriles — Sobre las telas nuevas. — Vestidos á la órden del dia. — El corpiño húngaro de pasamanería. — Sombreros de la estacion — Sobre las flores que se usan en los sombreros. — El calzado parisiense — Botitas para paseo y babuchas que hacen las veces de zapatos. — Descripción del figurin de este número.

Tengo tanto y tanto que decir hoy, que no sé por dónde principiar, pues la moda de la primavera ha sacado á relucir todos sus esplendores.

Ahora es cuando hay que ir al bosque de Boulogne para contemplar las novedades de la estacion.

Los colores lila y verde son los dominantes, pero hay un colorcito nuevo con un feo nombre en francés (mastic), y que se adornan hácia el bajo de la falda con ondulaciones de color verde. Llevan dos hileras de ondulaciones que suben hasta media falda. Esta ondulacion es muy sencilla y muy linda, y se elige para hacerla el color mas señalado del vestido.

Entre las telas para vestidos juveniles figuran en primera línea los tafetanes con florecillas estampadas ó con ramilletes, que se adornan hácia el bajo de la falda con ondulaciones de color verde. Llevan dos hileras de ondulaciones que suben hasta media falda. Esta ondulacion es muy sencilla y muy linda, y se elige para hacerla el color mas señalado del vestido.

Con estos vestidos de ramilletes jardinera sobre fondos grises, la moda nos ofrece telas lujosas y artísticas, entre las cuales indicaré las siguientes: — Un magnífico punto de seda gris muselina bordada de capullos de rosa. Se diría que las rosas se miran en la tela, pues el tafetan repite su sombra desvanecida en matices estampados. Este efecto de rosas vivas y muertas es lindísimo. — Hay otro punto de seda gris Alma con ramilletes de margaritas de colores distintos, tan admirablemente bordadas por el telar Jacquard, que parecen flores de los Gobelinos.

Casi todas las telas están sembradas de flores, pues los vestidos de estas telas se hacen de volantes menudos sobre fondo liso.

Hé aquí algunos vestidos nuevos que darán una idea del gusto del dia.

— Un vestido Maria Estuarda, de tafetan pensamiento con guarnicion de anillos de tafetan con puntos sobre un fondo hueco de tafetan blanco, describiendo una túnica griega terminada por un lazo

— Otro de forma Imperio, de tafetan verde esmeralda, guarnecido de bandas de entredos de guipure negra y de terciopelo verde que parten de los pliegues de la falda. El alto del cuerpo lleva igual adorno de entredos. — Un cinturón criolla de guipure completa este vestido.

— Otro Francisco I, color Solferino, con guarnicion de terciopelo negro, y cuchillos de raso blanco que dan vuelta á la falda y suben por un lado. Las mangas están copiadas de las de la época. Este vestido lleva grandes bolsillos.

— Otro Beatriz, de tafetan escocés con anchos cuadros, adornado hácia abajo con un volante bastante bajo por delante y por detrás, y mucho mas alto por los lados, á fin de simular un vestido recogido á la Pompadour. En la punta del volante se abre un grueso pompon de tafetan recorido.

Cuando este vestido se hace de tafetan malva, el pompon simula un ramillete de violetas. Una cinta color de castaña orillada de negro adorna la cabeza del volante y se cruza sobre los lados en dos puntas. El cuerpo es abierto y va cruzado hácia el talle con igual cinta que se ve también en la escotadura.

Esta cinta cruza sobre los hombros y en medio de la espalda. Las mangas están fruncidas en la costura con cinta y un volante pequeño á guisa de puño. Es un vestido muy antiguo, y por eso es nuevo.

La pasamanería y las cintas están muy en moda; así es que se ha inventado un corpiño húngaro, de pasamanería encaje que describe como unas solapas, con hombreras y alambres para sostener las solapas. Estas se cruzan en fichu sobre la cintura. El corpiño húngaro adelgaza mucho el talle y da al vestido un aspecto rico. Las solapas representan una larga enramada de follaje, con entredos de pasamanería, encaje hecho á la mano

El corpiño húngaro tiene una coleccion de treinta y seis colores. Las hombreras están adornadas con borlas. Lleva anchas bocanangas con flecos.

Despues tenemos:

— Una guarnicion Increible que recuerda los lazos de corbatas de la época, y se compone de ocho lazos dobles de pasamanería, guarnecidos de guipure, de encaje ó de imitacion; — otra llamada criolla, que representa lazos de encaje ó de guipure con frutas exóticas, y otra de lazos Maria (recuerdo de la reina de Nápoles).

En cuanto á las cintas, se hacen muy anchas y lujosas pa-

ra los sombreros y los vestidos. Las hay como pintadas al pastel.

Alejandrina tiene los sombreros mas aristocráticos de Paris. Es verdad que no todas las señoras pueden adoptarlos, porque exigen una gran distincion; pero nada mas hermoso para una elegante que un sombrero Watteau.

Voy á describir algunas de estas creaciones.

— Un sombrero de crespon maiz adornado al lado con unas alas de faisán dorado que caen en plumas de faisán. El sombrero lleva por dentro un terciopelo color de castaña con lazo de tafetan en bandó. Las cintas son muy anchas.

— Otro Gabriela con el ala de crespon rosa de Bengala y casco de tul cubierto con una ancha cinta de tul y con blonda colocada al lado sobre el casco, y velando sobre el fondo y el borde del sombrero unas rosas de Bengala. El bavolet es de crespon rosa y va cubierto con una blonda aérea. En el interior rosas y flores silvestres con tallos naturales.

— Otro Andalúz de crespon blanco con ala de tul plegada, cubierto con una punta de blonda que cae por dentro. Encima flota un velo de tul orlado de terciopelo negro y con franja de pluma, sobre una rosa Malmaison color hortensia. En el interior ancho bandó de terciopelo negro con rizado de blonda y una rosa Malmaison puesta de lado: cintas blancas.

Tengo que dejar los sombreros para mencionar dos tocados.

El primero se llama Maintenon y tiene todo el carácter de la época. — Consiste en un fanchon de encaje ilustrado de pompones menudos de terciopelo. Este fanchon va orlado al rededor del rostro con una capucha de cinta negra fruncida que se ata bajo la barba con una rosa de las cuatro estaciones. En lo alto del tocado hay un lazo de cocas de cinta negra con un ramito de rosas por un lado.

El segundo es otro fanchon llamado emperatriz, de blonda plegada, sobre una cinta rosa flor de Judea que se anuda por detrás dejando las puntas sueltas. Sobre lo alto lleva un lazo emperatriz en diadema.

Ahora voy á enumerar las flores primaveriles que adornan los sombreros á la moda.

Para la paja de Italia, una rama de rosas locas con follaje natural. La rosa loca sacude al viento sus pétalos rosados.

Para el crespon rosa y encaje de Inglaterra, una rama de rosas Napoleon, designadas con este nombre en la Flora francesa, porque al abrirse representan el sombrero del *petit caporal*, poetizado por la rosa.

Para la paja belga adornada de encaje negro, una montura de rosas de Bengala.

Para la paja de arroz, una pluma de orquídeas acuáticas húmedas aun con el cristal de la onda, y que caen con una gracia modesta.

Para un sombrero malva adornado de blonda blanca, una media corona de pensamientos de Madrid, de terciopelo obispo matizados de colores naturales

Para el crespon rosa de Judea con blonda, una rama de flores de Judea.

Para sombrero de fantasía, erin y paja de arroz, una pluma de lilas de Marly.

He descrito ya varias confecciones elegantes, y el mes próximo completaré la nomenclatura de los modelos de verano.

Hoy quiero decir dos palabras sobre el calzado, donde tambien hay moda y muy elegante.

Para paseo y visitas, se sigue usando la botita Balmoral atacada por encima del pié, de cabritilla negra, dorada, gris, malva y aun blanca con vivos azules ó malva y respuntes. Las botitas blancas son de una elegancia suma.

Tambien se llevan de raso de lana y de punto de seda en armonia con el color del vestido.

Se usan igualmente zapatos de color con lazos y tacones Luis XV.

Las babuchas que se gastan á guisa de zapatos, son variadas hasta lo infinito.

Se hacen de seda de las Indias con adornos azules y oro, ó encarnado y oro con ruche de tafetan y lazo mariposa; — de raso negro con palmas en relieve oro y azul y guarnicion de encaje; — de cabritilla negra con bordado de aplicacion de terciopelo negro y oro, franja de oro y lazo mariposa; — de tela de Irlanda con forro de seda y guarnicion Pompadour, y de piel dorada con ruche de cinta y lazo.

En una palabra, las parisienses llevan el calzado de la sultana favorita.

Para trajes de baile ó para ir en coche, las señoras usan zapatos de tafetan ó de raso del color de sus vestidos.

Por fin llegamos á la descripcion de nuestro figurin que representa trajes de baile.

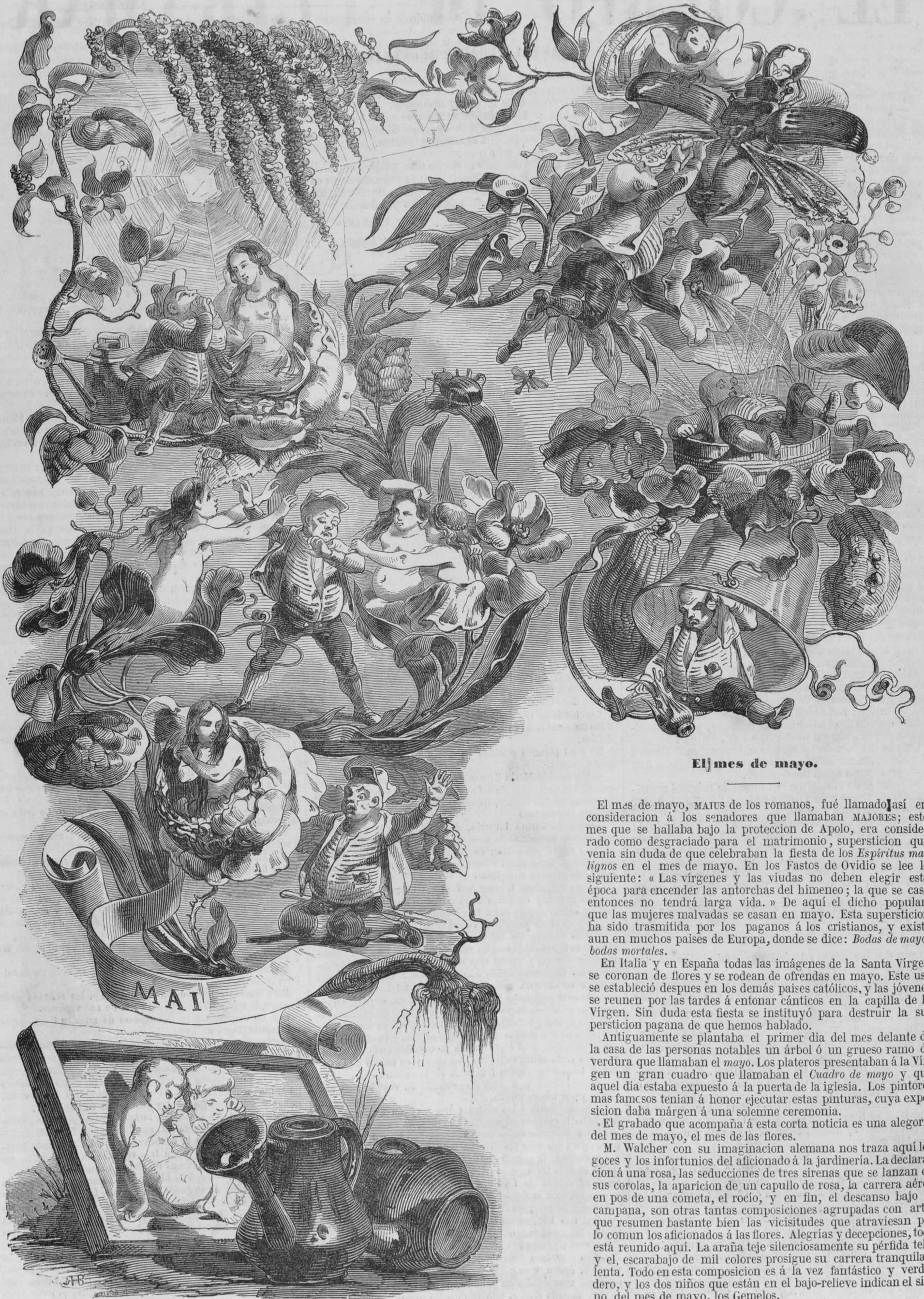
Primer traje. — Vestido de tul blanco, sobre raso, apitonado desde el bajo hasta una altura de treinta centímetros cuando menos; encima va una ruche de cinta blanca. Cuerpo liso y pequeña berta de tul cubierta de plegados de cinta é ilustrada de flores. Corona de flores como las del vestido. Collar y brazaletes de coral y guantes de tres botones.

Segundo traje. — Vestido de tarlatana rosa. Sobre la primera falda catorce volantes con puntilla blanca. Doble falda llamada *velo*, recogida á la derecha con un lazo de cinta rosa. Cuerpo con draperias y con tres volantes en las mangas. En la cabeza corona de plumas blancas y capullos de rosa.

Tercer traje. — Vestido blanco de organdi. Sobre la falda cuatro plegados de organdi con cabezas festoneadas, y transparente de cinta de tafetan azul celeste. Cuerpo liso cubierto con una berta de organdi en armonia con la guarnicion de la falda. Mangas muy cortas. En la cabeza corona de flores azules.

Cuarto traje. — Vestido de tarlatana verde Isly. Sobre la falda nueve volantes, con tres bandas de terciopelo negro. Cuerpo con berta y un volante. La berta forma un fichu cruzado por delante y se prende bajo los brazos; por detrás es redonda. Mangas cortas y huecas. Por tocado guirnalda Ceres compuesta de flores silvestres y de espigas. — Ramillete en medio del cuerpo.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.



El mes de mayo.

El mes de mayo, **MAIUS** de los romanos, fué llamado así en consideración á los senadores que llamaban **MAJORES**; este mes que se hallaba bajo la protección de Apolo, era considerado como desgraciado para el matrimonio, superstición que venia sin duda de que celebraban la fiesta de los *Espíritus malignos* en el mes de mayo. En los *Fastos* de Ovidio se lee lo siguiente: « Las vírgenes y las viudas no deben elegir esta época para encender las antorchas del himeneo; la que se casa entonces no tendrá larga vida. » De aquí el dicho popular, que las mujeres malvadas se casan en mayo. Esta superstición ha sido transmitida por los paganos á los cristianos, y existe aun en muchos países de Europa, donde se dice: *Bodas de mayo, bodas mortales*.

En Italia y en España todas las imágenes de la Santa Virgen se coronan de flores y se rodean de ofrendas en mayo. Este uso se estableció despues en los demás países católicos, y las jóvenes se reúnen por las tardes á entonar cánticos en la capilla de la Virgen. Sin duda esta fiesta se instituyó para destruir la superstición pagana de que hemos hablado.

Antiguamente se plantaba el primer día del mes delante de la casa de las personas notables un árbol ó un grueso ramo de verdura que llamaban el *mayo*. Los plateros presentaban á la Virgen un gran cuadro que llamaban el *Cuadro de mayo* y que aquel día estaba expuesto á la puerta de la iglesia. Los pintores mas famosos tenían á honor ejecutar estas pinturas, cuya exposición daba márgen á una solemne ceremonia.

El grabado que acompaña á esta corta noticia es una alegoría del mes de mayo, el mes de las flores.

M. Walcher con su imaginación alemana nos trae aquí los goces y los infortunios del aficionado á la jardinería. La declaración á una rosa, las seducciones de tres sirenas que se lanzan de sus corolas, la aparición de un capullo de rosa, la carrera aérea en pos de una cometa, el rocío, y en fin, el descanso bajo la campana, son otras tantas composiciones agrupadas con arte, que resumen bastante bien las vicisitudes que atraviesan por lo comun los aficionados á las flores. Alegrias y decepciones, todo está reunido aquí. La araña teje silenciosamente su pèrfida tela, y el escarabajo de mil colores prosigue su carrera tranquila y lenta. Todo en esta composición es á la vez fantástico y verdadero, y los dos niños que están en el bajo-relieve indican el signo del mes de mayo, los Gemelos.